

JOSÉ ANTONIO PAEZ: SU PENSAMIENTO POLÍTICO

Por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

I

La vida del general José Antonio Páez oscila entre la incomprensión y el olvido. No sabemos qué destino es más injusto. El olvido es la nada. La incomprensión es la fuente de errores que desfiguran toda resurrección. Es lo que ha ocurrido con el general Páez. Su vida es una novela; pero esta novela, de joven afro-americano, analfabeto, epiléptico y hercúleo, que llega a decidir gran parte de los destinos de América y, en su final, se convierte en un notable escritor e historiador, nos aparece envuelta en interrogantes que son espinas en el corazón. Este general, heroico en la guerra y genial en la política, ¿fue un hombre infiel a Simón Bolívar? ¿Debemos a él la ruptura de la Gran Colombia que, si no se hubiese convertido en tres naciones, habría sido una de las más poderosas del mundo moderno? Él, Santander y Florez ¿fueron los culpables de esta desintegración? ¿No contamos, en América, con una nación inmensa, hecha por el genio superior de Bolívar, por culpa de esos hombres, guerreros y políticos, o las causas de su ruptura fueron otras? Con distintas palabras: ¿quién hizo la historia de América? ¿La hicieron los grandes conductores con sus ideas, o la hicieron los pueblos con otras ideas? Estos pueblos: ¿se movieron por sus propios impulsos o fueron movidos por los generales y los

políticos? Otra pregunta: ¿Cómo fue la historia de América? ¿Cómo nos la cuentan tantas obras o como nadie o muy pocos la saben?

Última pregunta: ¿Salimos de la historia de los hechos para entrar en la historia de una filosofía de la historia? Las dos cosas se complementan. Los hechos son los fundamentos de la filosofía. La filosofía de la historia es un comentario o una interpretación de los hechos que constituyen la historia. Para comprender la independencia de América y, en particular, la vida de sus grandes hacedores, debemos contemplar el mundo político que los envolvió. Este mundo no nació en un instante determinado. Como todo organismo que nace, vive y muere tiene sus orígenes lejanos y su aparición en un instante que puede encerrarse entre la independencia de los Estados Unidos de Norte América y la declaración de Tucumán, en 1816, que proclamó la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sud, o sea, del mundo hispanoamericano.

Hubo, hace tiempo, cuando los cronistas discutían los méritos de Hernán Cortés en la conquista de México, una interrogación que constituía todo el núcleo de la cuestión. El héroe de esa empresa de semidioses, ¿fue Cortés o fueron sus hombres? Unos decían que el conductor es el que todo lo hace. Otros, como Bernal Díaz del Castillo, afirmaban que el mérito correspondía a sus soldados, a los conquistadores. Más tarde se agregó otra explicación: fue la división de los mexicanos en sus odios y guerras civiles la que permitió el triunfo de los españoles. Pues bien: ¿Qué o quién hizo la independencia de América?

Estamos frente a un problema al cual hemos dedicado no pocos de nuestros libros. En ellos llegamos a la conclusión de que la independencia se hizo por fuerzas políticas liberales que triunfaron sobre otras fuerzas políticas absolutistas. Fueron las ideas las que movieron las armas. Toda la historia humana no es más que un desenvolvimiento de ideas. Cuando se conocen estas ideas se sabe qué fue la historia que ellas inspiraron.

Las ideas políticas han sido y son muchas. Todas ellas, no obstante, pueden dividirse en dos corrientes o principios: el de la libertad del Hombre, con el gobierno de la mayoría de los hombres, y el de la Obediencia del Hombre a otro hombre superior que se ha impuesto por su fuerza o la

voluntad de un Dios. Durante miles de años la libertad del Hombre no se consiguió en muchos países. El dominio de un jefe superior —emperador, rey, etcétera— era incontestable. Hubo brotes de libertad en la filosofía griega y en el derecho romano. En el Concilio de Trento, la Libertad fue proclamada un dogma. América era católica y, por lo tanto, creía en la salvación del Hombre por sus buenas acciones y en su Libertad para decidir su destino. Esta lucha de la Libertad del Hombre frente a la salvación por la fe de Lutero o la predestinación de Calvino fue avanzando en Europa y no se discutió en la América española. En el Norte del continente dio origen a la independencia de los Estados Unidos. Volvió a Europa y produjo la Revolución francesa. En España penetró insensiblemente hasta que el gobierno de Manuel Godoy terminó con su caída, hizo detestar el absolutismo y conseguir el sistema constitucional. El primer intento de aprobar una Constitución en el mundo hispanoamericano fue el de Mariano Moreno con sus ideas constitucionalistas y su traducción de la Constitución de los Estados Unidos. Debía ser aprobada por el Congreso que convocó y estuvo a punto de inaugurar la Segunda Junta, la del 25 de Mayo de 1810.

El ideal de un Congreso y de una Constitución fue el que originó las Cortes de Cádiz y el que movió a una gran parte de los pueblos de América. En el continente hispano, los hombres no se dividían por los lugares de sus nacimientos, ni por el color de sus pieles, sino por sus ideas políticas. Muchos españoles eran liberales, partidarios de la Libertad, del Congreso y de la Constitución. Muchos criollos, nacidos en América, eran fieles al sistema monárquico absolutista y combatían por su triunfo hasta morir. La guerra de América no fue una revolución en contra de España, sino una guerra civil: primero, entre los partidarios del sistema de las Juntas, o sea, de la voluntad popular, y los del Consejo de Regencia, que representaba la imposición de cinco señores de Cádiz; luego, entre los que defendían el gobierno de un Congreso y una Constitución y los que se oponían al Congreso y a la Constitución. Los mismos llamados españoles que, en realidad, en su mayoría, eran criollos e indios, estaban divididos en constitucionalistas y anticonstitucionalistas, en adictos a la masonería y en defensores de la inquisición.

Este es el cuadro o panorama en que le tocó vivir a Juan Antonio Páez. La vida de Páez ha sido escrita por sabios historiadores. Se han basado, como lo hacemos nosotros, en su *Autobiografía*, en las cartas publicadas en varias colecciones y en documentos de archivos. Trataremos de seguir sus pasos y presentar su figura en el campo inmenso de la historia de la independencia hispanoamericana.

La historia de esta independencia también ha sido escrita por historiadores eminentes. Cada uno ha narrado la historia de su país. Otros han mostrado la visión del continente. Pocos han advertido un hecho no siempre bien explicado. Los movimientos en favor de la Libertad no estaban unidos, no respondían a un plan común. No hubo una mano que moviese todos los hilos de las insurrecciones. Si había coincidencias eran casuales. Esas luchas de pueblos y de ejércitos abarcaban el escenario más grande de la historia humana. Algunos historiadores pensaron que Miranda, desde su casa de Londres, dirigía todo lo que ocurría en América. Hoy nadie se detiene en lo que ocurría en esta imaginación. No bien llegaban noticias de España y de Europa, en América se originaban hechos idénticos, tanto en Caracas como en Buenos Aires. Hubo diversos escenarios en que se representó la lucha por la independencia, o sea, el triunfo de la Libertad: fueron cuatro grandes zonas, de México a la Argentina y Chile, que apenas tuvieron contactos entre sí y se agitaron en forma simultánea. No hubo un plan para una acción común. No hubo un solo jefe, sino muchos jefes y un solo ideal: la separación de la España fernandina, absolutista, contraria al Congreso y a la Constitución, para lograr el triunfo de la Libertad. La forma de gobierno, monárquica o republicana, podía discutirse. Lo que todos perseguían era la Libertad.

Este amor ciego a la Libertad, que unos hombres defendieron y otros combatieron, tuvo sus graves consecuencias: el federalismo y el centralismo o unitarismo. Los hombres libres tenían derecho a gobernarse por sí mismos, a no ser gobernados por otros hombres. Era algo que, como principio, no podía discutirse, pero que muchos hombres discutían. Se podía ser libres, según ellos, sin dividirse, en una patria inmensa y poderosa. Este ideal

era, para muchos, el más deseable, pero había otra fuerza, difícil de vencer, que complicaba los hechos y los hacía insolubles: el nacionalismo. Cada pueblo amaba su nación y no amaba las naciones vecinas. Lo encontraremos en Esparta y Atenas, en los pueblos de Europa, con ejemplos medievales y renacentistas que hacen estremecer. En América, los conquistadores, en sus cartas y relaciones, decían que llegaron a una "nación" de indios que estaban en guerra con otra "nación" de indios y que de allí pasaron a otra "nación" de indios y luego a otra y a otras. Cada grupo indígena, a veces de un centenar de hombres y mujeres, era para los españoles una "nación". Las diferencias que existían entre ellas no eran visibles; pero las pasiones que los dividían, no se sabe porqué, los hacían exterminarse en sus combates. Es lo que, trescientos años más tarde, pasó entre las ciudades de la América hispana. Mientras unas ciudades aceptaban el sistema de las Juntas populares que gobernaban por sí mismas, en nombre de Fernando VII, otras obedecían al Consejo de Regencia. Unas y otras estaban dispuestas a morir por el triunfo de sus ideales.

Todos sabemos qué pasó en la América bolivariana y qué sucedió en la América sanmartiniana. Federalistas y centralistas, federales y unitarios, deshicieron el soñado Estado hispanoamericano, el más grande y sorprendente que habría existido sobre la Tierra.

Ante este final, nos preguntamos: ¿Fue un bien para la historia de los hombres americanos o fue un mal que los sumió en guerras agotadoras como no hubo otras en la historia moderna? Quien lea la historia de América tendrá la respuesta. Y quien contemple su mapa político verá las naciones que de ellas surgieron, unas grandes y ricas; otras, pequeñas y pobres. ¿Fue un mal o fue un bien?

José Antonio Páez terminó sus memorias o gran *Autobiografía* en Nueva York, el 19 de abril de 1867. Escribía en una casa hermosa, bien amueblada y al lado de una chimenea que le daba un confortante calor. Veía a lo lejos, como en sueños, los desiertos y las selvas en que había vivido y combatido. Oía el rumor sordo y terrible de los hombres que componían su ejército: antiguos bandidos y criminales, ladrones, desalmados, que habían combatido en cualquier bando, con tal de matar, robar y vio-

lar. Hombres que convivían con la muerte, cubiertos de cicatrices y dispuestos siempre a clavar la lanza o cortar cabezas. Recordaba, también, cómo había comenzado la que él, entonces, llamaba "la revolución hispanoamericana". Es interesante y necesario detenerse un instante en estas primeras páginas de Páez para que los historiadores de nuestro tiempo sepan cómo juzgaba y explicaba sus orígenes un hombre que había sido protagonista importantísimo en su nacimiento y desenvolvimiento.

Quienes estudian las causas de la guerra civil hispanoamericana tal vez conozcan los libros que hemos dedicado a su investigación. Hemos sido los primeros en analizar a fondo sus comienzos y explicar que todo cuanto se escribió sobre este tema que cambió los destinos de la humanidad, como antes los había modificado radicalmente el descubrimiento de América, está plagado de errores e interpretado con la mayor de las falsedades. Los historiadores que, a mediados del siglo XIX y en años posteriores, han escrito gruesos tomos sobre este tema, se dejaron influir o dominar por fuertes teorías que alteraron en forma total el exacto conocimiento de los orígenes de la independencia hispanoamericana. Unos historiadores creyeron que la Revolución francesa de 1789 fue el ejemplo que imitaron los hispanoamericanos para convertirse en naciones independientes. Otros atribuyeron este origen a otro ejemplo: el de los Estados Unidos. No faltaron quienes pensaron que Miranda, desde su casa, dirigió todo lo que ocurrió en América. Otros estudiosos hablaron de un levantamiento nunca conocido de los indios. Otros, más cultos, atribuyeron todo esto a los jesuitas que querían recuperar sus posesiones, o a los masones, que movían secretamente el continente entero. Las teorías que más arraigaron, prescindiendo de otras menores, fueron las del conde de Gobineau, creador del racismo, que presentó a los criollos, a los nativos de América, como enemigos de los españoles, nacidos en la Península —una guerra de razas—, y la de Carlos Marx y Federico Engels. Estos últimos propalaron la economía, su fuerza materialista y financiera, que habría llevado a la sublevación o revolución más grande de todos los tiempos para tener un comercio libre, que existió desde 1778, y no pagar impuestos. Estas dos causas, la racial y la económica, fueron aceptadas ciegamente

por la mayoría de los historiadores. Y así se habló de odios raciales y de intereses económicos como de las únicas fuerzas que llevaron a la independencia de América.

Nosotros reaccionamos hace más de medio siglo contra estas interpretaciones, falsas en todos los puntos, y mostramos la realidad y verdad de los orígenes de la independencia en libros que muchos colegas leyeron y otros prefirieron seguir abrazados a su hermosa ignorancia. Nuestras teorías no fueron refutadas: un poco porque nuestros colegas no se detuvieron a estudiarlas, y otro poco porque no supieron hacerlo. Ahora, con Páez a nuestro lado, podemos escuchar su palabra. Es para cualquier historiador, serio y libre de fanatismos, u obcecaciones, un testimonio que es obligación aceptar como una expresión incuestionable. El párrafo que sigue nos parece una síntesis cablegráfica de todo lo que hemos expuesto con abundante documentación en nuestros libros sobre este tema. Dice Páez:

“La revolución hispanoamericana, último episodio de la gran epopeya que comenzó en la América del Norte y tuvo su período más interesante en Francia, no ha sido todavía apreciada en todo su valor, ya como espléndido triunfo de las ideas de la civilización moderna; ya como muestramiento para los pueblos que de súbito cambian el sayo del esclavo por la túnica del hombre libre. Las opiniones de los historiadores que han escrito sobre los sucesos de tan importante época no están de acuerdo con muchos puntos capitales, quizá porque no tuvieron a la vista documentos inéditos, que también a veces no se producen al público, ya por intereses que en ello tiene el escritor apasionado o ya por consideraciones con que tropieza todo el que se ocupa de hechos contemporáneos”.

Páez, en los últimos años de su vida, cuando escribía estas líneas, tenía un concepto de la historia que sólo en estos últimos años se ha hecho evidente. Sabía de los sentimientos y de los intereses que dividen a los hombres y enturbian el relato y la comprensión de la historia. En su tiempo ya se habían publicado los veintidós tomos de documentos oficiales de Colombia. Historiadores eminentísimos, como Feliciano Montenegro, Baralt y Restrepo habían editado obras fundamentales. Páez se veía citado como uno o el principal autor de la independencia de Ve-

nezuela separada de la Gran Colombia. Restrepo había escrito páginas que Páez no consideraba exactas. Por su parte, otros historiadores españoles, como Torrente, habían hecho conocer sus visiones y juicios sobre la inmensa guerra que habían sostenido en América. Las piedras fundamentales habían sido colocadas; pero la verdadera historia, especialmente la de las ideas, no había sido comprendida ni expuesta. Desde entonces —algo así como un siglo y medio— poco se ha avanzado en estos estudios. Hay que volver a las páginas de hombres como Páez y otros memorialistas que, como protagonistas y antagonistas de aquellos sucesos, los vieron, los oyeron y los vivieron. Aquellos hombres, como Páez, oían, en efecto, las opiniones de las grandes figuras y del pueblo anónimo que decidían los pasos de la historia. Todo ello no era lo que fabricaron historiadores posteriores a aquellos acontecimientos. El lector de los textos antiguos comprueba que los protagonistas y las obras que han escrito historiadores posteriores difieren sensiblemente en sus exposiciones y conclusiones. Los de antes habían construido lo que referían. Los de nuestro tiempo adulteraron o corrigieron, a su modo, lo que leyeron. Por ello la historia de la independencia hispanoamericana origina tantas polémicas y exhibe tantas opiniones. En la Argentina, por ejemplo, unos historiadores nos muestran la figura de Cornelio de Saavedra como promotor de los hechos de Mayo de 1810, que ellos llaman revolución. Otros, al contrario, nos dicen que Saavedra entró en las Juntas de Mayo, la primera y la segunda, un poco a la fuerza y otro poco porque le convenía, y que todo lo que sucedió no fue una revolución, sino una repetición de lo que se hacía en España con la creación de las Juntas populares de gobierno. Páez recuerda, muy justamente, que muchos políticos querían imitar lo que se había logrado en los Estados Unidos. Suponían que el sistema político español, centralista y a la vez constituido por virreinos, gobernaciones e intendencias, “había dejado un grave mal en el país, y que todo lo que fuera centralizar el poder, aun bajo la forma más democrática, eran rezagos de la dominación española que debían destruirse como indignos de un pueblo que había alcanzado la libertad a costa de tantos sacrificios”.

Los comentaristas de Páez y los historiadores de la

independencia no se han detenido en estas declaraciones de este insigne guerrero, político e historiador. Nos muestran, claramente, la oposición que empezaba a extenderse en América entre los partidarios de una unidad americana, un centralismo, como se decía en la Gran Colombia, y un federalismo, como sostenían los hombres que terminaron por disgregarse y anular los sueños y las obras de Bolívar y San Martín.

Hemos mencionado estos dos genios del mundo moderno. Genios militares y, sobre todo, genios políticos. Bolívar y San Martín —por orden alfabético— proyectaron y quisieron una América unida, única, firme en su estructura geográfica, histórica, política y económica. Sabido es que firmaron esta unión por medio de sus representantes Mosquera y Monteagudo y que se abrazaron en Guayaquil para sellar este pacto y esta unión. El encuentro amistoso de los dos Libertadores en Guayaquil señala la primera parte de la historia bolivariana y sanmartiniana, la inmensa guerra civil hispanoamericana entre centralistas o unitarios y federalistas o federales. Fue el hundimiento de la inmensa América y el nacimiento de naciones que no tienen el poder, separadas, que habrían tenido si hubieran constituido, como soñaban Bolívar y San Martín, la nación más grande, rica y poderosa del mundo.

Páez explica con luminoso talento estos hechos: la situación política, ideológica, de los instantes que le tocó vivir en la decisión de los destinos del Nuevo Mundo:

“Se creyó por algunos —nos dice— que centralización y despotismo eran sinónimos y que con dicho sistema de gobierno se humillaba la dignidad de los pueblos y se les ponía de nuevo bajo el régimen monárquico”. Fue el origen del federalismo que estuvo a punto de dividir el Brasil, por ejemplo, en una serie de reinos o repúblicas, y terminó por deshacer la obra de Bolívar y de San Martín. Páez nos lo dice con palabras sencillas y claras: “Semejantes doctrinas, tan bellas como seductoras, comenzaron a difundirse por todos los pueblos de la emancipada América, y cada ciudad que había sufrido algo con la guerra, o que podía presentar algún título histórico, aspiró ser capital de un Estado soberano o independiente, así como cada individuo se creyó también en el deber de combatir

las doctrinas opuestas con los mismos medios con que se alcanzó la independencia”.

No podemos exigir una explicación más precisa y exacta de lo que fue el origen del federalismo hispanoamericano. Nosotros hemos buscado sus raíces en la Libertad proclamada en el Concilio de Trento: una verdad eterna e indiscutible, o sea, un dogma. Si todos los hombres eran iguales y libres, las ciudades, formadas por hombres, también debían serlo. Fue así como hubo casos que hicieron reír, de pequeños pueblos que se creyeron con derecho a transformarse en naciones absurdas.

Páez cita las palabras de Restrepo, primer historiador de la República y secretario de Estado de la República de Colombia. Dicen así: “seducido por el rápido engrandecimiento de las Repúblicas de los Estados Unidos y por la completa libertad que gozan sus moradores, tenía la mayor veneración por sus instituciones políticas. Entonces juzgaba con los primeros hombres de Nueva Granada que nuestras provincias se hallaban en el mismo estado que las de Norteamérica en 1776, cuando formaron su Confederación. Empero las lecciones del tiempo y de los sucesos que he presenciado, junto con sus reflexiones, me persuadieron bien pronto de lo contrario”. En efecto, los Estados Unidos se habían fundado sobre las instituciones republicanas que habían tenido antes de su independencia. Sólo variaron en la elección de sus gobernadores que nombraba el rey de Inglaterra. En España, en cambio, todo era diferente. En Estados Unidos se continuó con las leyes que tenían antes de 1776. En la América española hubo que variar lo que existía.

El sistema federativo no coincidía con lo que los pueblos estaban acostumbrados. Las nuevas leyes eran lo opuesto de lo que había regido en América durante trescientos años. Los pueblos no admitían las mayores imposiciones. Páez reflexionaba que así como no era posible aplicar a España el Código Civil y religioso de Inglaterra, no era fácil asimilar naciones tan diferentes como la de los Estados Unidos y las de América española. Páez sabía por Montesquieu y *El espíritu de las leyes* que las leyes que convenían a una nación no se ajustaban a otra. “No hay que dejarse halagar —decía Páez— por teorías que suenan gratas al oído, sino poner en práctica verdades que pro-

duzcan resultados positivos". Por sus ideas había sufrido persecuciones, destierro, pérdida de bienes, miseria.

Páez escribía estas palabras en Nueva York, el 19 de abril de 1867. En la Argentina se vivía la plena guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. Páez profetizaba que en la América del Sud las discordias continuarían mientras existiesen las causas de la anarquía, las cuestiones de límites y la oposición a la libre navegación de los ríos. Así fue. Hoy todos esos problemas han sido superados. La guerra del Chaco, entre Paraguay y Bolivia, fue la última por cuestiones de límites. La del Canal del Beagle, con Chile, habría podido defenderse por siglos, mientras se solucionaba diplomáticamente, si la incapacidad, cobardía o traición, como la llamaron algunos, de unos gobernantes argentinos, no hubiese regalado las islas a Chile. En tiempos de Páez, como explicaba este general, la enemistad de España, "que no nos ha causado ni puede causarnos mal alguno, ha servido para mantener unidos a los americanos en un interés común".

Páez no creía en la "doctrina de razas". No advertía en América del Sur conflictos raciales. Eso se agitaba en la América anglosajona. No había "intereses de raza alguna". "En este continente —agregaba— se está verificando continuamente la fusión de todas ellas, que es resultado del progreso moderno y del principio de la fraternidad universal".

La comprensión que Páez tenía de las ideas sociales y políticas de la historia de la independencia es la que puede tener el mejor historiador actual de estos sucesos. Es que el historiador de nuestro tiempo debe revivir la conciencia de los hombres que hicieron la independencia si quiere decir la verdad. El gran problema del centralismo y del federalismo que hizo y deshizo la historia hispanoamericana independiente encuentra en Páez un intérprete perfecto en su visión y en su exposición. Su vida es la historia de este gran momento o período de la historia que de española se hizo hispanoamericana. Tenemos que seguir su vida, con los relatos de lo que luchó y vivió si queremos presenciar el desarrollo de esta historia americana, tan incomprendida por la mayoría de los historiadores americanos y tan ignorada por los europeos y de otras partes del mundo.

José Antonio Páez nació en Araure, cerca del pueblo de Acarigua, a orillas del riachuelo Curpa, el 13 de junio de 1790. Cuando fue joven ganó, como peón de campo, tres pesos al mes. Pasó a vender ganado. En las escuelas, los alumnos se enseñaban los unos a los otros por el método de José Lancaster. Cuando comenzaron los primeros movimientos políticos que repetían lo que ocurría en España se dio cuenta de que en ellos nadie hablaba de independencia, sino de ferviente adhesión al rey de España para no caer bajo el dominio de Napoleón. Estos hechos, que nosotros hemos comprobado con una documentación que hemos expuesto en varios libros nuestros, Páez los vivió y refirió en su *Autobiografía*. Sus palabras deben ser repetidas para que los lectores no especializados en estos estudios sepan cuáles fueron los verdaderos ideales que terminaron por llevarnos a la independencia absoluta.

“Nadie ignora —dice Páez— que los primeros movimientos políticos de los americanos del Sur sólo fueron, al principio, expresión de lealtad y simpatía hacia la Madre Patria cuando su rey se encontraba preso en territorio extranjero y su trono ocupado por un intruso que sostenían las bayonetas francesas”.

Muchos eran los españoles, en la Península, y los americanos, en el Nuevo Mundo, que aceptaban la dinastía napoleónica; pero “el pueblo americano se negó a abandonar la causa de los que defendían su legítimo soberano”. Las Juntas de gobierno popular que se habían formado en España enviaron sus representantes a América para que las reconociesen. “Aquellos pueblos, no sabiendo a cuál de ellas reconocer por legítima y para no caer en el desgobierno y anarquía que reinaban en la metrópoli, se creyeron también con derecho a constituirse en otras Juntas y asambleas hasta que los reyes volviesen a ocupar el trono de que con tanta violencia habían sido arrebatados”. El rey intruso, hermano de Napoleón, también envió a América sus emisarios; pero nadie los reconoció ni obedeció. Un buque francés, que llegó a Venezuela en julio de 1808, tuvo que huir para no ser hundido. Su capitán, que anduvo por las calles de Caracas, tuvo miedo a las manifestaciones populares en favor de Fernando y en contra de Napoleón. Diez

mil caraqueños pidieron que se proclamase al rey Fernando VII y concluyeron por aclamarlo esa misma tarde y colocar el retrato del rey en la galería del Ayuntamiento. Pronto, personas respetables de Caracas pidieron al capitán general Casas que formase una Junta "a imitación de las que habían formado en España". Lo mismo iba a ocurrir en Buenos Aires en tiempo casi simultáneo. Páez recuerda que en 1809 se constituyó una Junta en Quito. El virrey Amat hizo saquear la ciudad. La guerra civil entre juntistas y antijuntistas había comenzado. El 19 de abril se constituyó la Junta de Caracas. El capitán general fue depuesto. Enseguida, las provincias de Maracaibo y Coro reconocieron la regencia de Cádiz. La guerra civil entre juntistas y consejistas o regencistas estaba abierta.

Páez declara que fueron los españoles quienes consideraron esos hechos como una revolución y no los americanos fieles a España. He aquí sus palabras:

"La Regencia no pudo ser aplacada por el manifiesto en que Caracas exponía las razones que la habían movido a tomar las medidas que se decían revolucionarias, no siendo más que una leal expresión de los sentimientos que unían a las colonias con la Madre Patria". Es una prueba más que confirma nuestra tesis de que los americanos, salvo algunas excepciones, no tenían más ideales, en la lucha de España contra Napoleón, que sostener a la Península. Fueron los españoles, los señores de la Regencia, quienes interpretaron pésimamente las verdaderas intenciones de los americanos. Lo mismo ocurrió en Buenos Aires y en otras partes del continente.

Otros historiadores sostienen la tesis española antigua de que los americanos, en todos los rincones del Continente, ocultaban el deseo de hacerse independientes, conspirando en secreto, etcétera. Páez, como vemos, pensaba de otra manera: la única justa.

Era la aplicación del principio tomista de que, cuando falta un gobernante y no hay sucesores legítimos, el poder vuelve al pueblo. Es el pueblo el que decide su destino. La incomprensión de los consejistas o regencistas significó el comienzo de la guerra a muerte, espantosa, inhumana, por ambas partes, "hasta que las armas y sólo las armas decidieron de qué parte estaban el derecho y la razón".

Es preciso que se conozca a fondo lo que dice Páez

sobre los orígenes de la independencia en Venezuela. Son los mismos de Buenos Aires; pero en esta ciudad, aunque parezca increíble, todavía hay historiadores ilustres que ignoran o fingen ignorar estos hechos y repiten la interpretación historiográfica de hace más de un siglo. Dice Páez: "Cuando se formaron las primeras Juntas a nadie se le ocurrió la idea de independizarse de España; pero la conducta de los ministros en ésta y la de sus representantes en América dieron a los colonos el derecho de proclamar, a la faz del mundo, que querían y debían ser libres, aun a costa de sus vidas y haciendas". Así se declaró la independencia de Venezuela el 5 de julio de 1811. Este ejemplo sirvió para la declaración posterior de Santa Fe de Bogotá, México y Río de la Plata.

Los americanos, nos recuerda Páez, pedían que, de acuerdo con el decreto del 15 de octubre de 1809, se les diesen iguales derechos que a los españoles nacidos en la Península, tener representantes en el Congreso de la Nación, pleno comercio con las naciones aliadas y neutrales, las colonias de Asia y España, la abolición de estancos y monopolios y la mitad de los empleos públicos.

Una leyenda política, que arraigó fuertemente en la Argentina hasta levantar monumentos y dar nombres a calles, fué la de suponer que Inglaterra ayudó a los separatistas americanos a independizarse de España. Hemos deshecho esta mentira en libros hoy agotados. Páez la destruye con estas líneas: "Los ingleses, que en 1797 habían animado a los revolucionarios de Venezuela, en esta ocasión se declararon sus contrarios; en 1810 lord Liverpool ordenaba al gobernador de Curazao interpusiera sus buenos oficios para ajustar las disensiones entre los descontentos y sus gobernantes y aun el gobierno de la Gran Bretaña ofreció su mediación excitando a los americanos a reconciliarse con la Metrópoli". Las Cortes de Cádiz rechazaron los términos de las proposiciones. La incomprensión española y, más tarde, de Fernando VII, que repelió la "Reverente súplica" de Rivadavia, Belgrano y Sarratea, les hizo perder América. Agrega Páez: "Fuesen o no de gran interés para la Gran Bretaña aquellas proposiciones, el hecho es que la Nación que antes había dado apoyo a Miranda, en estas circunstancias no sólo se mostró indiferente a la causa americana, sino hasta cierto punto hostil, pues así convenía

entonces a sus intereses en el continente europeo revuelto por Bonaparte". La Junta de Caracas envió a Londres a Bolívar y a López Méndez para solicitar su apoyo y a Teléforo Orrea y a Vicente Bolívar con el mismo fin a Estados Unidos. Nadie ayudó a los americanos. Esto no debe olvidarse.

La provincia de Maracaibo estuvo en contra de la Junta de Caracas. El gobernador Millares fue nombrado por el gobierno peninsular capitán general de Venezuela. Así se intensificó la guerra por la independencia. Guerra civil, no revolución.

En 1813, Páez era sargento primero en el ejército español y, poco después, fue ascendido a capitán. Guiado por un contrabandista se pasó a las fuerzas separatistas y le fue reconocido su grado de capitán. Se hallaba en la provincia de Barinas. Sus habitantes eran todos partidarios del rey. Páez anduvo solo por estas llanuras. Pudo reunirse con su mujer, doña Dominga Ortiz, fue hecho prisionero y salvó la vida entregando su dinero. En todas partes, la gente se pronunciaba por el rey de España. Los indios eran los más fieles a España.

En 1814, Páez estaba en Mérida. En los momentos de peligro rezaba fervorosamente. Es una prueba más de que los masones eran buenos católicos y no perseguían la Iglesia. En un momento en que dos capitanes empezaron a cortar cabezas de prisioneros partidarios del rey, Páez se interpuso cuando cayó la quinta cabeza y evitó que fuesen cortadas más de doscientas. Los salvados se alistaron en las tropas liberales. En cuanto a los españoles, su fanatismo por el rey llegaba a extremos increíbles, se hacían matar fríamente antes que renegar de su causa. Un español, vagando por los campos, antes que rendirse, comió la carne de un hijo suyo pequeño que había muerto. No es posible seguir a Páez en los combates en que intervino. Algo extraño le ocurría. El mismo nos lo cuenta: "Al principio de todo combate, cuando sonaban los primeros tiros, apoderábase de mí una violenta excitación nerviosa que me impelía a lanzarme contra el enemigo para recibir los primeros golpes, lo que habría hecho siempre si mis compañeros, con grandes esfuerzos, no me hubiesen contenido". Un joven, Juan José Flores, que militaba con los realistas, se presentó, después de huir por las selvas, a los separa-

tistas y, años más tarde, fue presidente del Ecuador. Páez pasó a comandante, pero a menudo iba descalzo, con unos pantalones raídos. Cuando podía salvaba la vida de los prisioneros. Muchos eran americanos y él trataba de pasarlos a la causa de la independencia. A veces los dejaba huir para que volviesen al ejército de la Libertad. En 1815, Páez fue ascendido a teniente coronel. Entre los españoles, un presbítero, Andrés Torrellas, era coronel. Páez vadeaba esteros profundos, llenos de caimanes. Los encuentros eran a lanza y sable. En uno de ellos venció el presbítero Torrellas. Enseguida ordenó que fusilaran a un capitán Antolín Mugica, le cortaran la cabeza, la hicieran freír en aceite y la colocaran en escarpia en la ciudad de Calabozo, donde fue encontrada en 1818. Bolívar la hizo bajar y sepultar con la pompa de ordenanza.

Los sufrimientos de aquellos hombres, durmiendo al aire libre, cruzando pantanos infectos, comiendo sólo carne, descalzos, defendidos con lanzas y machetes, peleando semidesnudos y matando siempre o siendo matados, duraban tanto como sus vidas. Entre ellos había soldados que luego fueron famosos, como Francisco de Paula Santander. Los jefes y oficiales de las tropas separaron a Santander y nombraron a Páez jefe supremo.

Es ahora, en 1816, cuando Páez comienza a ser uno de los grandes protagonistas de esta lucha espantosa que aún duraría años. El 9 de julio de 1816, el Congreso de las Provincias Unidas convocado en la ciudad argentina de Tucumán proclamó la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sud. Fue la proclamación jurídica y política de la independencia de toda América Hispánica. Este hecho, conocido en su realización e ignorado en sus extraordinarios alcances, significó la proclamación que tanto inquietó en Europa a las cabezas coronadas que veían en la independencia de todo el continente, comenzada en 1776, con los Estados Unidos y terminada en la Argentina, el principio de una lucha de dos mundos: el absolutista europeo y el liberal americano, que concluiría con el triunfo del liberalismo, el congresismo y el constitucionalismo, o sea, el triunfo definitivo de las democracias sobre las monarquías y absolutismos. Al mismo tiempo, en América, esta exaltación de Páez a una jefatura superior en tierras venezolanas ha sido considerada por los antiguos

historiadores, con razón, como uno de los primeros y más significativos pasos de la futura separación de Nueva Granada (Colombia) y Venezuela. Santander y Serrano, colombianos, no eran queridos en Venezuela. En cambio, lo era Páez y por ello los llaneros lo proclamaron su jefe. El gran historiador Baralt lo comprendió a la perfección. El mismo Santander reconoció, en 1827, que en tierras de Venezuela "sería deshonoroso que un granadino mandase a los venezolanos".

Estamos descubriendo los sentimientos nacionalistas de los venezolanos en su tierra y con sus jefes. No concebían que americanos de otras regiones los mandasen. Es la separación de Venezuela que se produjo más tarde y que historiadores mal informados atribuyeron a Paéz, a sus ambiciones y hasta a su supuesta antipatía a Bolívar. No existieron tales sentimientos ni tales causas. Los nacionalismos chocaban intensamente. En aquellas llanuras ardientes, entre aquellos hombres bárbaros, que sólo sabían matar y para ello vivían, sin temer la muerte, ni las torturas, el calor de la tierra, esa tierra cubierta de cadáveres, de huesos de animales y de armas destrozadas, los hombres errantes, siempre en busca de enemigos, amaban su tierra, esa tierra inconcebible, de leyendas y de infierno, que era su patria. La amaban y no admitían que hombres de otras partes de América la pisasen y, menos, la mandasen.

La elección de Páez como jefe supremo de los llaneros venezolanos, fue lo único y lo mejor que pudo hacerse. No había otra posibilidad. No había otros hombres tan admirados como él en esos desiertos y en esas ruinas de pueblos que alguien llamaba ciudades. Era el jefe más valiente y más bondadoso con los vencidos, el más respetado y, en realidad, idolatrado.

La proclamación de Páez por los jefes, oficiales y paisanos, en el campamento de Santander, fue el 16 de septiembre de 1816. Ahí están los jefes frente a frente: uno será el representante del nacionalismo colombiano; el otro, del venezolano. Dos fuerzas que no son las de sus personas, sino de sus pueblos. La separación no la hacen ellos; la hacen sus pueblos, sus naciones, sus historias tan unidas y, al mismo tiempo, tan separadas. Páez, generosamente, convenció a quienes lo habían exaltado al mando supremo de que admitiesen la renuncia de Santander. Salvó su honor y

no lo dejó como un jefe depuesto. Si esto no se hacía, Páez estaba dispuesto a no aceptar el mando. El presidente Serrano dejó su cargo. La separación estaba hecha. Los soldados de Páez andaban casi desnudos, cubiertos, los más, con cueros frescos, descalzos, sin sombreros, con chuzas de madera, sin armas de fuego, alguna lanza, sin monturas. Desde lejos se acercaban las fuerzas del general don Pablo Morillo. Lord Wellington lo había recomendado como el jefe más apropiado para derrotar a los liberales americanos. Su segundo jefe era el habanero Pascual Enrile, "deshonra del nombre americano". Las tropas tenían diez mil seiscientos cuarenta y dos hombres. Habían embarcado en sesenta buques mercantes escoltados por tres fragatas de guerra, treinta menores y el navío *San Pedro Alcántara*. Era el fin de los rebeldes de América.

Páez nos exhibe el panorama político de aquellos momentos. Bolívar sitiaba a Cartagena. Sus habitantes criollos eran partidarios del rey. Por fin tuvo que abandonar Venezuela y refugiarse en Jamaica. El asturiano Boves, el asesino más grande de aquellos instantes, había dominado Venezuela. El 3 de abril de 1815 Morillo apareció en las costas venezolanas. Entró en Caracas y comenzó a combatir a los patriotas. Los defensores de Cartagena huyeron y las tropas de Morillo sólo encontraron cadáveres y moribundos. Morillo entró en Santa Fe de Bogotá. Hizo dar muerte al sabio Francisco José de Caldas. Páez se enfrentó a estas fuerzas tan superiores. Las lanzas de los llaneros se encontraron con las bayonetas de los españoles. Páez hizo un cuerpo de reserva con los inútiles, los hombres de letras y los clérigos. Todos se destacaron brillantemente. Los hombres de Páez se escondían, durante la noche, en esteros, con el agua al pecho. De ahí montaban los caballos en pelo y atacaban.

Páez alcanzó milagros. En el Apure disponía de un millón de reses y medio millón de caballos. Cuarenta mil caballos estaban empotrados y listos para la campaña. Fue en estos momentos cuando Páez recibió a los emisarios de Bolívar que le propusieron su reconocimiento como jefe supremo de la república. Dice Páez: "Si yo hubiera abrigado miras ambiciosas, no podía presentármeme ocasión más oportuna de manifestarlo; pero, sin vacilar un momento, recibí respetuosamente a los comisionados en el

hato del Yagual, y declaré al ejército mi resolución de reconocer a Bolívar como jefe supremo de la república". Páez habría podido alegar que era el jefe de Venezuela, sostenido por todas sus tropas y que reconocía solamente a Bolívar como jefe de la Nueva Granada o Colombia. No lo hizo porque admiraba el nombre de Bolívar y porque pensaba que una nación tan grande y fuerte como la de la Gran Colombia era lo que más convenía a la causa americana. Juró el reconocimiento de Bolívar frente al Padre Ramón Ignacio Méndez, más tarde arzobispo de Caracas. Todas las tropas siguieron su ejemplo. Bolívar, desde ese instante, fue el jefe supremo que dirigió la guerra contra los españoles.

Empezamos a comprobar que son calumnias o malas interpretaciones los dichos de que Páez no estuvo de acuerdo con Bolívar y, más tarde, fue él quien separó a Venezuela de la Gran Colombia. Venezuela se separó, como ya empezamos a ver y veremos, por la voluntad de sus habitantes, de todo su pueblo.

Páez se encontró por primera vez con Bolívar en Cañafístola, a principios de 1818. Ambos genios de la guerra se abrazaron y comprendieron. Era una amistad que duraría toda su vida. Bolívar no era hombre de elevada estatura; pero lo suficiente para que un escultor pudiera representar a su héroe. Impresionaba la movilidad de su cuerpo y el brillo de sus ojos. Eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, "con mirar de águila: circunstancias que suplían con ventaja lo que la estatura faltaba para sobresalir entre sus acompañantes". El pelo era negro y algo crespo; los pies y las manos pequeños "como los de una mujer. La voz aguda y penetrante"; la tez "tostada por el sol de los trópicos". Su humor era "alegre y jovial"; su carácter, "apacible en el trato familiar, impetuoso y dominante cuando se trataba de acometer empresas de importante resultado". Agrega Páez que "era amigo de bailar, galante y sumamente adicto a las damas y diestro en el manejo del caballo. En el campamento mantenía el buen humor con oportunos chistes". En las marchas entonaba canciones patrióticas. Mientras duraban los combates mantenía la mayor serenidad. Formaban un contraste la apariencia débil de Bolívar con los llaneros, atléticos, que combatían con los elementos, hombres y fieras. Bolívar traía la táctica

que se aprende en los libros y ya había puesto en práctica. Por su parte, Páez había aprendido a leer y escribir, a usar el tenedor y el cuchillo, a vestirse como los oficiales de la legión británica. Era musculoso. Tenía buenas formas y admirable fuerza y agilidad. Cabellos espesos, negros y crespos. Afable de carácter, de inteligencia que fue cultivando rápidamente. En un río, con sus hombres a caballo metidos en el agua, en medio de caimanes, tomó una escuadrilla de cañoneras enemigas. Atravesaba con la lanza tigres y puercos monteses. A los toros los tomaba por el rabo y derribaba a un costado. En un combate, con su lanza había matado a treinta o cuarenta hombres. Era considerado la mejor lanza del mundo. Sus soldados iban de tres mil a cuatro mil. A Morillo le hizo perder más de tres mil hombres. En cuanto a los llaneros, plumas extranjeras los consideraban asesinos, ladrones, crueles, capaces de los delitos y muertes más atroces. Sólo obedecían a sus jefes en los combates. Páez los dominaba amenazándolos con combates cuerpo a cuerpo que debían aceptar porque sus compañeros, de no hacerlo, los habrían echado de sus filas.

Bolívar era el jefe supremo. Páez así lo reconoció siempre. Los dos generales se hicieron amigos y simpatizaron ampliamente. Lo demuestran su correspondencia, los juicios de uno sobre otro, las memorias de Páez en que repite constantemente su admiración y afecto por Bolívar. Fueron los historiadores, empezando por el gran Restrepo y otros, que supusieron que Páez trabajó ocultamente para separar a Venezuela de Colombia. Fue el comienzo de una corriente histórica que perdura en la actualidad y tiene, hoy en día, hombres de letras eminentes que la continúan y fomentan. Es un duelo historiográfico entre venezolanos y colombianos que no interesa a los estudiosos de otros países. Sólo los historiadores de la Argentina, como el autor de estas líneas, han penetrado en estos vericuetos de las intenciones de los supremos personajes de aquellos momentos históricos en que se decidió el destino de la grandeza americana.

Páez logró atraer los cinco mil infantes y los mil caballos a los desiertos de Cariben. Los habitantes de la villa de San Fernando quemaron sus casas para que el ejército de Morillo no tuviera donde vivir. Fue un acto que impresionó a Morillo y a todos los historiadores. Cien-

to cincuenta hombres mandados por Páez derrotaron a Morillo en un combate inigualable. El historiador español Torrente dijo que eran quinientos. Páez trae los nombres de los ciento cincuenta llaneros.

Páez reconoce el valor, el heroísmo, de los soldados españoles y lamenta que entre ellos hubiese tantos americanos fanáticos por el rey. Emocionante fue el encuentro que tuvieron Bolívar y Morillo, el 26 de noviembre de 1820. Quisieron llegar a una paz, cambiaron expresiones de admiración y de elogio; pero la paz era imposible porque los americanos exigían el reconocimiento de la independencia por España y España no estaba dispuesta a otorgarlo. Morillo se fue a la Península el 17 de diciembre. En su lugar quedó el general Latorre. La guerra no tendría, para los españoles, los éxitos que hasta entonces había tenido. Este año de 1820 era, en la Argentina, el año de la anarquía y el que San Martín aprovechó para preparar la liberación del Perú. La batalla de Carabobo fue decisiva. Su triunfo se debió, en primer término, a la acción de Páez. Bolívar le ofreció el grado de general en jefe. Páez, con este triunfo, aseguró la independencia de Colombia.

Páez trae una abundante documentación para probar que no es exacta la afirmación del historiador Restrepo, de que aspiraba ocupar el cargo del general Soublette. Éste era el intendente de Venezuela. En 1822, la guerra con España estaba decidida a favor de los americanos. Colombia buscó el reconocimiento de su independencia por las potencias de Europa y Estados Unidos. Pronto lo consiguió. Páez demuestra ser un conocedor amplísimo de la política internacional de este tiempo. Sabía lo que significaba la Santa Alianza de los reyes europeos. Por ello interpretó muy bien el proyecto de Bolívar, del Congreso de Panamá, como otra Santa Alianza americana que se opusiese a la europea. Sabido es que este proyecto no encontró una acogida en muchas naciones hispanoamericanas, empezando por la Argentina donde Rivadavia era un enemigo de Bolívar. Desconfiaba de sus actitudes políticas. Temía que alguien fuese superior a él y exponía otros motivos que contribuyeron a que la Argentina, a pesar de sus corteses respuestas, no interviniese en ese Congreso que otros ideales u otras conveniencias hicieron fracasar.

No nos detenemos en el Congreso de Panamá, que

hemos estudiado en otros libros nuestros. En diciembre de 1823, el presidente Monroe declaró su doctrina de que no se permitiría a ninguna nación europea establecer colonias en América. Esta declaración, que alegró y tranquilizó a los Estados americanos, no fue sostenida cuando, en 1833, Gran Bretaña se instaló por la fuerza en las islas Malvinas. Menos la recordó Estados Unidos cuando el presidente argentino general Galtieri conquistó las islas. No sólo no se mantuvo neutral, sino que dio los informes de sus satélites a Gran Bretaña para que pudiera defenderse y hundir una nave de guerra argentina que, de acuerdo con un convenio, se hallaba en una zona marítima declarada neutral. La traición norteamericana será juzgada por la historia. Páez analizó las instrucciones dadas por el presidente de los Estados Unidos a sus representantes en el Congreso de Panamá. Es interesante destacar que para el estudio de este Congreso se basó en la *Historia Universal* del historiador italiano César Cantú.

Estados Unidos, al mismo tiempo que ponía trabas al Congreso de Panamá, declaró que no conquistaría la isla de Cuba, ni permitiría que lo hiciesen Gran Bretaña u otras naciones sudamericanas. Cuba era codiciada por los Estados Unidos porque, con la Florida, dominaría el Mar Caribe o Golfo de México. Cuba no fue conquistada ni liberada.

En 1824 sólo anduvieron por el Norte de la América del Sud partidas sueltas de bandoleros que justificaban sus robos y muertes con el nombre de Fernando VII. Estos criminales y ladrones tenían las esperanzas que les hacía concebir el venezolano realista José Domínguez Díaz aislado en Puerto Rico. Un sargento negro, un tal Cisneros, hacía la guerra a todo blanco y aseguraba que Santander era el verdadero defensor del trono español. El 6 de mayo de 1824, el Congreso ordenó una leva de cincuenta mil hombres para hacer frente a una posible expedición que se decía iba a enviar a América la Santa Alianza. Los temores de Rusia y demás naciones europeas aliadas en esa liga de fanáticos no se apaciguaban y se les atribuían grandes proyectos para destruir la independencia de las nuevas naciones. Los reinos europeos eran demasiado cobardes para emprender una acción de esta naturaleza. Si España, con las fuerzas más aguerridas y heroicas de Europa no

había podido dominar a los liberales americanos, menos podían hacer estos ejércitos mandados por jefes absolutistas. La república de Colombia, proclamada por el Congreso de Venezuela, el 17 de diciembre de 1819, tuvo su Constitución en Cúcuta el 30 de agosto de 1821. Todo esto creaba una situación nueva en el campo inmenso de los vencedores. El peligro de la Santa Alianza, cada vez más lejano por la ineptitud de los reyes europeos, sus miedos y su pobreza, había dejado en libertad las pasiones y las ambiciones de los nuevos Estados americanos, cada uno muy superior en extensión y poderío a cualquier nación del Viejo Mundo. Las distancias hacían cada día más difícil comunicarse a las ciudades de Venezuela con las de Colombia. Era como mantener unidas Rusia y Francia.

Los historiadores europeos, como es natural, no saben una palabra de estos problemas que fueron configurando la historia hispanoamericana, la más complicada, políticamente, de nuestro planeta. Hay que ser un viejo historiador hispanoamericano para comprenderla o un actor de aquellos sucesos. Páez fue uno de los que mejor entendieron y expusieron el drama que vivían aquellas nuevas naciones que entraban en el campo inmenso de la historia moderna. Nos dice: "La vasta extensión del territorio colombiano, las difícilísimas comunicaciones de las provincias con el gobierno central, establecido en Bogotá, los celos y rivalidades entre venezolanos y granadinos, todo indicaba que la república de Colombia tendría una existencia efímera y en la época en que estamos de nuestra narración se dejaban ya sentir los síntomas de una separación que era inevitable y que más tarde o más temprano tendría que llevarse a cabo sin que a nadie le fuese posible impedirlo".

Muy difícil es hallar palabras más claras para explicar los motivos geográficos que empezaban a separar los gobiernos de Caracas y de Bogotá. Eran causas que nadie podía vencer: una realidad material que convertía de hecho los dos gobiernos en dos naciones distintas. No existían entonces los medios de comunicación de nuestros días. Las cartas tardaban semanas o meses. Los caminos eran los que habían abierto los indios y los primeros conquistadores. A todo esto se agregaban problemas humanos y políticos. El general Santander, vicepresidente de la Gran

Colombia, no veía con simpatía al general Páez. Lo acusó de no observar el Reglamento de Milicias y otros detalles que, si no hubieran existido otras pasiones, no habrían tenido ninguna trascendencia. Páez fue acusado en las Cámaras de Bogotá y se le nombró un sucesor. Páez aceptó a Escalona y lo dio a conocer como sucesor suyo. La división de las repúblicas de Venezuela y de Colombia no sólo la hacían las dificultades geográficas, sino las pasiones de los hombres. El culpable de esta separación política era el vicepresidente Francisco de Paula Santander. No era Bolívar, ni era Páez.

III

Pasamos a un momento histórico que Páez recuerda con dolor. A él le habría gustado, como era la intención de Bolívar, que América, en la parte Sur del continente, fuese una sola e inmensa nación. La unión estaba hecha. Bolívar había sido el gran creador. Páez respondía a esta política y a este ideal. La realidad geográfica habría podido dominarse. La pasión de los hombres era mucho más difícil de vencer. Páez recuerda aquellos momentos con tristeza y emoción. "Entre nos —nos dice— ya en una época dolorosa para mí, época de recuerdos que aún me atormentan y que quisiera borrar del libro de mi vida..." Y añade: "Los sucesos de 1826, a los que me condujo una acusación injusta y peor interpretada por algunos, hecha contra mí en el Senado de Colombia, me llenan todavía de amargura y arrepentimiento. La opinión por la separación de Venezuela de la centralización de Colombia estaba hecha muy generalizada y el acontecimiento de Valencia, secundado por otras ciudades, fue el primer paso para el gran cambio que al fin se verificó con posterioridad. Esta separación fue indicada por actos emanados de algunas corporaciones y por la imprenta que es el vehículo de la opinión pública. La protesta de la ilustre Municipalidad de Caracas al jurar la Constitución de 1821 y los periódicos en 1824 y 1825 habían preparado aquellos sucesos que me envolvieron como a una débil paja las impetuosas ráfagas de un huracán". Páez temía la segura guerra civil. Pensó en Bolívar, el semidios de la indepen-

dencia, y le presentó ese problema que nadie ni nada podía solucionar, salvo la separación.

Cuando el general Escalona tomó posesión del mando, en lugar de Páez, en Valencia, el pueblo se levantó. En el desorden aparecieron realistas que buscaban el trastorno total. Muchos ciudadanos pidieron a la Municipalidad de Valencia que suspendiese el cumplimiento de la orden que separaba del mando a Páez. Las tropas también se levantaron. Fueron a la casa de Páez. El pueblo gritaba. Páez tuvo que reasumir el mando. La Municipalidad invitó a otras ciudades a reconocer esa reposición. Todas se adhirieron, hasta la de Caracas, que había sido contraria a Páez. Era el 19 de mayo de 1826.

¿Quién hizo la historia? ¿La geografía, el pueblo, la voluntad de Páez? Páez fue llevado al poder por el pueblo, el cual se sentía muy lejano del gobierno central de Bogotá. El 8 de agosto proclamó la federación la ciudad de Puerto Cabello. Pronto lo hicieron Maracaibo, Aregué, Cumaná y, en la lejana Colombia, Quito y Guayaquil. Razón tenía San Martín cuando explicó a Bolívar que los pueblos eran dueños de su destino y podían regirse como quisieran. Bolívar, con razones igualmente valederas, sostenía que una parte de una nación no podía separarse sin el consentimiento del todo. Era centralista, partidario de una unión que abarcase a toda América o a la mayor parte posible de ella. San Martín reconocía los derechos del pueblo, pero, como Bolívar, detestaba el federalismo y afirmaba que era el mayor de los males políticos. En estos momentos daba sus frutos. El principio de que cada ciudad o región debía gobernarse por sí misma y no ser gobernada por otra región o ciudad se imponía y disgregaba América. También comprendemos por qué Bolívar dio a Bolivia una Constitución que fue y es tan combatida. Era la única, con su aparente monarquismo, que podía salvar la integración de América. La aceptaron y defendieron quienes amaban esta unidad, esta inmensa América que habría sido la nación más grande y poderosa del mundo. No la aceptaban y la combatían los ambiciosos y amantes de gobiernos locales, regionales, pequeños, donde se podía mandar sin controles superiores y las riquezas de la zona quedaban en sus manos. Guerra de principios que, para los americanos, era más temible que la de los españoles. "La

anarquía —nos dice Páez— amenazaba por todas partes. Quienes están por la adopción del Código boliviano, aquellos por la descentralización del gobierno sin atentar a la integridad de la república; unos por el establecimiento de una monarquía y no faltaron tampoco quienes estuviesen dispuestos a ocurrir a las armas para llevar a efecto cualquiera de estos movimientos”.

La libertad, las ideas sin freno, andaban sueltas. Cada ciudadano pensaba lo que quería. Era justo y era lógico; pero esta libertad deshacía la nación que habría podido ser la más extraordinaria del mundo. Por algo no faltaban políticos que pensaban como única solución y salvación en el establecimiento de una monarquía.

El 5 de octubre de 1826 una Junta en Caracas adoptó el sistema popular representativo federal. El 1º de noviembre se reunieron los diputados de las Municipalidades de la provincia para que el gobierno y el Congreso estableciesen una gran Convención. El 7 de noviembre otra asamblea resolvió constituirse y reconocer una Constitución. El 13 de noviembre Páez ordenó que los colegios electorales se encontrasen el 10 de diciembre y el 10 de enero se instalase en Valencia el cuerpo constituyente. El fin era la organización de Venezuela y la aprobación de una Constitución. La Constitución debía tener como base un gobierno popular, representativo, federal. El Congreso constituyente debía instalarse el 15 de enero de 1827. Quienes se opusiesen a estas resoluciones serían considerados traidores a la patria. Puerto Cabello cambió de opinión. Primero había reconocido la Federación. El 21 de noviembre se pronunció en contra. Páez tuvo que enviar tropas para reducir al capitán de navío Sebastián Boglier.

La ruptura con Santander nadie la ignoraba. Páez nos dice: “El carácter insidioso del general Santander había envenenado la fuente de la administración en su mismo origen”. El Congreso de Bogotá, “siguiendo ciegamente sus caprichos y dominado a la vez por el influjo de algunos de sus miembros”, hizo leyes que en Venezuela se dieron “como redes tendidas a los hombres de buena fe”. Había una desconfianza respecto a todo lo que se hacía en Bogotá. Santander consideraba a Páez “como el blanco adonde debían dirigirse los tiros de su poder”.

Páez expuso estos hechos a Bolívar en una larga carta

fechada en Caracas el 24 de mayo de 1826. "El gobierno de Bogotá —le decía— empeñado en sepultarnos en un abismo de males, ha frustrado los deseos de mi corazón y obligado a los pueblos a tomar una resolución que los salva de tantos peligros depositando en mis manos la administración civil y militar que he aceptado con repugnancia, cediendo únicamente al voto decidido de unos hombres tan generosos como denodados que, al confiarme su suerte, han dado una prueba nada equívoca de su patriotismo, de su discernimiento y de su adhesión a mi persona".

Los destinos de Venezuela ya estaban decididos. Páez tenía el poder de la república hasta que Bolívar llegase a Caracas. Así se lo pidió Páez. Su sumisión a Bolívar era absoluta. "Hasta que venga V.E. y serene la tempestad que amenaza sobre nuestras cabezas. Sin V.E. no hay paz, la guerra civil es inevitable y si ella comienza el genio de este país dice a mi corazón que no terminaré hasta que no quede reducido todo a pavesas". "Venga V.E. a satisfacer los votos de estos pueblos, a perfeccionar la obra de sus sacrificios y asegurar la estabilidad de la república".

La culpa de esta separación de Venezuela y Colombia en aquellos instantes fue vista en Caracas como exclusiva de Colombia, de Santander y del Congreso colombiano. En Colombia se supuso que Páez era el causante. La realidad histórica es la que aquí exponemos y nos muestran los hechos.

La guerra contra los españoles podía considerarse terminada. Partidas sueltas que victoriaban al rey Fernando eran más de ladrones que de auténticos combatientes. Empezaban otra guerra más temible que la de España. Bolívar contestó a Páez desde Lima el 8 de agosto de 1826. "Los elementos del mal se han desarrollado visiblemente. Dieciséis años de amontonar combustibles van a dar el incendio que quizás devorará nuestras victorias, nuestras glorias, la dicha del pueblo y la libertad de todos. Yo creo que bien pronto no tendremos más que cenizas de lo que hemos hecho".

Bolívar daba toda la razón a Páez. Desde su cumbre, veía las realidades aun más amplia y profundamente que Páez. Sabía de los manejos de Santander, conocía los pensamientos de los políticos y de los pueblos. "Algunos de los del Congreso han pagado la libertad con negras in-

gratitudes y han pretendido destruir a sus libertadores". El celo con que Bolívar cumplía las leyes había sido "castigado con oprobio". La imprenta, "órgano de la calumnia, ha desgarrado las opiniones y los servicios de los beneméritos". El Ejecutivo "nos ha ahogado con un piélago de leyes y de instituciones buenas, pero superfluas por ahora". El espíritu militar había "sufrido más de nuestros civiles que de nuestros enemigos". Cada provincia en este caos, "tira para sí la autoridad y el poder: cada una debía ser el centro de la nación. No hablaremos de los demócratas y los fanáticos". Exactamente lo mismo ocurría en la Argentina y en otras partes de América. Era el federalismo, "el abismo de todos los males", como lo llamaba San Martín. "Crea usted, mi querido general —le decía Bolívar a Páez— que un inmenso volcán está a nuestros pies".

Bolívar era pesimista. Veía su obra perdida por el federalismo. Veía el caos. Lo dice a Páez, su grande y admirado amigo: "Ya no habrá más calma: todo va a sumergirse al seno primitivo de la creación: la materia. Sí, la materia digo, porque todo va a volverse a la nada". Los odios aparecían al galope. Cada pensamiento quería ser soberano. "Los gritos de sedición resonarán por todas partes". No había remedio ni salvación. El Congreso de Panamá, en el cual tanto había confiado Bolívar, había sido visto con indiferencia, desconfianza y temor. Había resultado un fracaso. Se lo decía, sin perifrasis, Bolívar a Páez: "El Congreso de Panamá, institución que debería ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos meros consejos nada más".

Muchos hombres sensatos comprendían que para salvar la unidad de América, para no caer en el caos de las guerras civiles entre ciudades mezquinas que pretendían convertirse en nuevas naciones, había que declarar una monarquía y buscar un príncipe que las rigiese. Bolívar había dado al Alto Perú, Bolivia, una Constitución que tenía mucho de monárquica y podía evitar luchas de ambiciones personales. Pero esta Constitución había sido atacada duramente y rechazada por un mundo de políticos. Por ello, Bolívar confesaba ampliamente a Páez que veía América deshecha y perdida: "Confieso a usted franca-

mente que tengo muy pocas esperanzas de ver restablecer el orden en Colombia, tanto más que yo me hallo sumamente disgustado de los acontecimientos y de las pasiones de los hombres. Es un verdadero horror al mando y aun al mundo el que se ha apoderado de mí. Yo no sé qué remedio pueda tener un mal tan extenso y tan complicado. A mis ojos, la ruina de Colombia está consumada desde el día en que usted fue llamado por el Congreso”.

Esto demuestra cuán unidos estaban Bolívar y Páez en sus sentimientos políticos y en su firme amistad. El mal no provenía de ellos, sino de otros, y, en especial, de los pueblos que preferían el federalismo a cualquier otra forma de gobierno.

Estos hechos históricos tienen una importancia muy grande para comprender los orígenes y el problema del federalismo en la América hispana. Lo que ocurría en una ciudad sucedía en otras muchas. Un mismo sentimiento político se había extendido por todo el continente hispano. La separación de Páez, ordenada por el gobierno de Bogotá, había sido la chispa que había encendido la hoguera del federalismo venezolano. Páez transcribe las actas en su *Autobiografía*. Las del 27 y 30 de abril de 1826 dejan constancia de la indignación de los habitantes de la ciudad de Valencia por la suspensión de Páez. El pueblo estaba levantado y no la admitía. El nombramiento del general de brigada don Juan Escalona, en lugar de Páez, era resistido en forma total. “Todo este vecindario —decía el acta del 30 de abril— hombres y mujeres, paisanos y soldados, han manifestado un disgusto extremo y un deseo de conseguir por cualesquiera medios la reposición de S.E. al mando”. Todo el pueblo estaba amotinado. Páez fue repuesto en su cargo. Las tropas y el pueblo lo saludaron con golpe de artillería. Páez aceptó la gobernación y la noticia fue comunicada a todas las municipalidades. Otras actas, de otras ciudades, confirmaron a Páez como jefe civil y militar de Venezuela. El mismo Páez, en un oficio al vicepresidente de la república, fechado en Caracas, el 29 de mayo de 1826, le dijo que “estos países son inquistables y que están resueltos a morir antes que sujetarse a las formas y a la política con que eran regidos”. En otra acta de los diputados de las municipalidades de Valencia y Apure, del 29 de junio de 1826, se deja cons-

tancia de que no querían sufrir más “los abusos y usurpaciones con que el vicepresidente de la república, general Francisco de Paula Santander, ha tiranizado la felicidad de estos habitantes, los errores de su administración, la facilidad que las leyes fundamentales prestan para colorir las maquinaciones de sus venganzas y la necesidad en que estamos de establecer nuestra seguridad y el bienestar sobre bases más firmes que aseguren nuestra tranquilidad interior, la defensa de nuestros enemigos exteriores y la prosperidad general”. La Constitución de Cúcuta, del año 1821, había sido hecha sin la aprobación de los representantes de esos pueblos, que entonces estaban en poder de los enemigos. Santander, según esta acta, había impedido los progresos de Venezuela. En Colombia se multiplicaban los colegios y los estudios y Venezuela seguía tan pobre de luces como en 1809. La guarnición militar y la policía habían sido reducidas. Estaban seguros “del odio que el general Santander ha profesado siempre a los venezolanos, por el cual ha tratado de sembrar la discordia y desconfianza entre ellos haciéndolos odiosos entre sí”.

El general Santander había “despreciado a los patriotas virtuosos y de luces”. “Ha perseguido y querido envilecer a muchos hombres de este departamento... Ha removido de sus destinos varios miembros del poder judicial y del legislativo, dándoles empleos de mayor lucro dependientes del Ejecutivo, destruyendo de este modo la independencia de los tres poderes y las garantías de la libertad”. Había abusado de “la fuerza pública destinada a combatir los enemigos, empleándola en reducir los ciudadanos a prisión...” La república, durante la guerra, había hecho una deuda extranjera insignificante. Con el régimen de Santander “se ha agravado la nación con un empréstito ruinoso, negociado misteriosamente y distribuido sin sabiduría y con parcialidad”. Santander había sustituido al general Páez con el general Juan de Escalona, contrariando la voluntad de toda Venezuela. Viene luego el relato de lo conocido.

Bolívar, enterado de estos hechos, escribió a Santander que los enviados de Páez le habían asegurado “que no daría un paso adelante y esperaría inalterablemente mi intervención”. La fidelidad de Páez a Bolívar era absoluta. Páez, en un extenso manifiesto fechado en Valencia

el 21 de septiembre de 1826, hizo la historia de estos sucesos. Recordó los ataques que se le habían hecho en periódicos de Bogotá y otros de países extranjeros, atribuyéndole miras ambiciosas e intenciones siniestras, el decreto del 31 de agosto de 1824 que alistaba a los ciudadanos en la milicia desde dieciséis años hasta los cincuenta, ferozmente resistido en Caracas, y otros acontecimientos que hemos mencionado. Páez había sido repuesto en su cargo por la voluntad general del pueblo. Era la confianza inmensa que todos tenían en él y el deseo unánime de convertir Venezuela en una república independiente del gobierno de Bogotá.

Primero habían luchado para ser independientes de España. Luego luchaban para no depender de Colombia. Cada pueblo quería su autonomía. Páez aparecía como el ángel salvador. Al final de su manifiesto, Páez dijo: "Los pueblos me han encargado de su suerte, han creído que mi persona era necesaria para evitar los horrores de la anarquía, mantener el orden y tranquilidad y conservarlos como preciosos objetos por los cuales se reúnen los hombres en sociedad".

Los hechos se hicieron solos. El 7 de noviembre de 1826, a los dieciséis años de la independencia, una asamblea popular, convocada el día anterior por bandos y carteles públicos, se reunió en el convento de San Francisco de la ciudad de Caracas. El acto fue presidido por el general Páez. Concurrieron las personalidades más ilustres de la ciudad. Cada uno de estos señores expuso su opinión. Todos coincidieron, con diferentes palabras, en declarar a Venezuela un Estado independiente. El acta popular es extensa y completa. Se reconoció, en primer término, que el gobierno de Colombia había caducado. "La república —como había expresado Bolívar— ha vuelto al estado de creación". Fue convenido invitar a los demás departamentos para formar un nuevo gobierno. Otros departamentos habían roto sus lazos con Colombia. Por último se convino que Venezuela cumpliría y respetaría todos los compromisos existentes con naciones extranjeras. La primera independencia había sido de España; la segunda, de Colombia.

Páez, como jefe civil y militar, pronunció un discurso elocuente y concreto. Los pueblos eran el origen puro de

toda soberanía popular y representativa. Parecía un eco de Santo Tomás. Declaró que "la república se halla en la más completa disolución. Venezuela y Apure convidan a la unión federal. Guayaquil abraza la Constitución de Bolivia; el Ismo pide ser anseático; Cundinamarca se apegas tenaz al centralismo". Todos se habían reunido a deliberar "en medio de una noche tenebrosa". A esto había conducido la independencia.

Bolívar salió de Lima el 4 de septiembre de 1826. Llegó a Bogotá el 14 de noviembre y a Maracaibo el 16 de diciembre. El 31 de diciembre estaba en Puerto Cabello y el 1º de enero de 1827 dio una proclama en la cual expresó que, por estar autorizado a salvar la patria por las facultades extraordinarias que tenía, ordenaba que nadie fuese perseguido por los actos, discursos u opiniones que hubiese sostenido con motivo de la reforma; que las personas, sus bienes y empleo de los comprometidos en la causa de la reforma estaban garantizados sin excepción alguna; que el general en jefe José Antonio Páez quedaba asumiendo, como jefe superior de Venezuela, la autoridad civil y militar, que la autoridad de Bolívar, presidente de la república, sería obedecida, y que toda hostilidad después de ese decreto sería juzgada como delito de Estado. La Gran Convención Nacional sería convocada para decidir la suerte de la república. Páez estaba salvando la patria.

En otro decreto, Páez ordenó que se publicase con la debida pompa y solemnidad, el decreto que había dado Bolívar, que se reconociese y obedeciese la autoridad del Libertador, como presidente de la república, que la Gran Convención no se realizase en la ciudad de Valencia, sino en el tiempo y lugar que fuese convocado y que los pueblos que Bolívar recorriese lo recibiesen con pompa majestuosa. La amistad de Bolívar y Páez crecía con los acontecimientos. Páez, no bien llegado Bolívar, pidió, el 3 de enero de 1827, que Bolívar designase los jueces o tribunal que debía juzgarlo por las acusaciones que había recibido. Bolívar, con nobles palabras, le contestó que "el general Páez, lejos de ser culpable, es el salvador de la patria".

Bolívar entró en Valencia el 5 de enero de 1827, a las cinco de la tarde. Páez le pidió permiso para alejarse del país. Bolívar se lo negó. Las divergencias de los colombianos y venezolanos se vieron agravadas por la guerra

con el Perú. Solamente Bolívar y Páez entraron en Caracas. Bolívar regaló a Páez una espada, una lanza con grabados de oro, dos magníficos caballos peruanos y un lujoso neceser de campaña. Bolívar recomendó a Páez que, si era nombrado primer presidente de Venezuela, como lo suponía seguro, "me opusiese con todo mi influjo a la adopción del sistema federal, que, en su opinión, era sinónimo de desorden y disolución". Si se adoptaba el sistema federal no iría a Venezuela, "no se quedaría ni de mirón".

En 1827, Bolívar pensó libertar la isla de Cuba y Puerto Rico. La historia de este proyecto es larga y no todas las historias de Cuba, ni de América, la consignan. Páez la refiere con precisión y claridad, lo más sintéticamente posible. La Confederación proyectada por Bolívar en el istmo de Panamá tenía, entre otros fines, los de dar la libertad a Cuba y Puerto Rico. En la Florida, con la autorización de los Estados Unidos, esta nación, México, Colombia, Buenos Aires, Perú, Chile y Santo Domingo debían enviar hombres y buques para esa operación. Esto se había planeado en México en 1825. Páez, con diez mil hombres de infantería y mil de caballería habría sido el jefe de la expedición libertadora embarcado en la escuadra de Colombia. Bolívar soñaba que, con un ejército de libertos, Páez habría ido a España para auxiliar el partido liberal y pedir el reconocimiento de la independencia de las naciones americanas. Estados Unidos empezó por declarar que el Congreso de Panamá debía ser solamente diplomático y no legislativo. Nada podía aprobarse sin la ratificación de los Estados Unidos conforme a su Constitución. La realidad fue que Estados Unidos tuvo miedo a la formación de un inmenso Estado hispanoamericano. Estados Unidos se declaró neutral en la guerra de América con España y sólo advirtió a los reinados europeos que no interviniesen en los asuntos de América. La Santa Alianza, segura de sus derrotas, había desistido de sus propósitos de enviar hombres y barcos a cualquier parte de América. En las indicaciones de los Estados Unidos, su presidente recordó a las naciones hispanoamericanas que "ni el honor ni el orgullo nacional permitían que siquiera se discuta el proyecto de comprar por dinero el reconocimiento de su independencia por la España". El único país que había proyectado buscar esta compra fue la Argentina. La idea

la había tenido el discutido Rivadavia. Y fue en instantes en que San Martín, después de haber cumplido el año de gobierno que había prometido gobernar en el Perú, pensaba organizar, y lo hizo, un ejército para atacar por el Sur, desde Salta y Jujuy, a los españoles del Alto Perú mientras el general Rudecindo Alvarado los atacaba desde el Oeste. El funesto Rivadavia no dio un peso a San Martín para alimentar a sus hombres, que terminaron por disolverse, y, en cambio, envió a Félix de Alzága a Chile y al Perú a convencer a sus gobernantes de que era preciso dar a los liberales españoles veinte millones de pesos para hacer frente a la invasión francesa de los veinte mil hombres, llamados hijos de San Luis, mandados por el duque de Angulema. Como es natural, España, la nación más digna de Europa, ni siquiera consideró ese ofrecimiento deshonroso.

Páez reproduce los principales documentos de la posible expedición a Cuba. Esta isla siguió en poder de España hasta que Estados Unidos lo permitió. El emperador de Rusia, en esos momentos, trataba de lograr una paz de España con sus antiguas colonias. Bolívar había concebido la libertad de Cuba porque una junta de cubanos que deseaban la independencia, establecida en México, se lo había pedido. La asociación de "Soles y rayos" era la que conspiraba para alcanzar la independencia cubana.

Mientras unos hombres proyectaban dar la libertad a Cuba y a los esclavos, como Bolívar y Páez, otros, de sentimientos fernandistas, conspiraban para reconquistar las posiciones perdidas. Muchos de estos conspiradores monárquicos eran criollos, nacidos en la tierra, negros e indios. Páez menciona varias de estas conspiraciones. Para colmo, una escuadra española apareció frente a las costas de Venezuela. Desde Puerto Rico llegaban papeles incendiarios en favor de España. Muchos conspiradores descubiertos y otros derrotados se escondían en los bosques. Páez terminó por indultarlos a todos con tal que viviesen y trabajasen en paz. Al mismo tiempo combatió a los bandoleros que recorrían el país. En España, algunos aventureros creían poder desembarcar y levantar las poblaciones en favor del rey Fernando. Algunos lograron ponerse en contacto con los auténticos realistas y también con bandidos. Fue preciso combatirlos. Un vizcaíno, el teniente coronel José Arizábalo y Orovio, llevado a Caracas

cuando tenía siete años, logró poner en armas a varios jefes y se hizo fuerte en el pueblo de Lezama. Proclamó el gobierno del rey e hizo bendecir la bandera española. El eximio historiador Torrentes, a quien Páez llama "infame", se ocupa de sus acciones. El centro de la revolución española se hallaba en La Guaira. Arizábalo se titulaba "Comandante general de Su Majestad Católica en las provincias de Venezuela". Fue preciso celebrar un convenio altamente honroso para él y sus segundos. Los comandantes Ramírez, Centeno, Inocencio y Doroteo que, en diciembre de 1827, habían formado en el campo de Macayrita el batallón de infantería ligero americano de la lealtad y el escuadrón de lanceros del rey don Fernando VII, convinieron en evacuar sus posiciones. Lo harían "con tambor batiente, bala en boca y todos los demás honores que puedan concedérseles y están establecidos por el derecho de la guerra". Las tropas entregarían las armas al teniente coronel don Lorenzo Bustillos y los jefes y oficiales conservarían sus espadas o sables "con las honras y exenciones que les pertenecen por sus empleos militares". Todos, excepto Arizábalo, eran "naturales de estas provincias de Venezuela". Ellos decidirían si querían quedarse en el país, con sus grados militares, o trasladarse a España. Los gastos del viaje, para ellos y sus familias, correrían por cuenta del gobierno de Colombia. Los prisioneros serían puestos en libertad. A ninguno se le haría cargo por sus opiniones políticas. Suprimimos otras concesiones a los cómplices de los realistas. Todos, a excepción de Arizábalo, resolvieron quedarse en el país y olvidar sus antiguas creencias. Venezuela y Colombia habían terminado, por fin, con sus temores de ser dominados por España.

IV

Venezuela fue el país que más luchó por su independencia en la historia de América. La guerra contra España no terminó en Ayacucho, ni con la muerte de Pedro Antonio de Olañeta, ni con la resistencia de Rodil en el Callao, sino en Venezuela con la rendición del teniente coronel don José de Arizábalo y Orovio. Era el mes de agosto de 1829. En este tiempo, la Argentina, Chile, el Paraguay,

que se mantuvo como una isla en la gran contienda americana, el mismo Perú, habían olvidado las grandes gestas de la independencia. Otros problemas políticos internos los consumían. Luchas de federales y centralistas o unitarios, revoluciones, golpes de Estado, conspiraciones y todo género de males políticos agitaban y ensombrecían a sus dirigentes. En Venezuela, como en el resto de América, se buscaban soluciones y no se encontraban. Algunos hombres sensatos —precisamente los más cultos, serios y patriotas— meditaban sobre la forma de gobierno que hubiera convenido adoptar. Páez enumera exactamente y rápidamente los partidos que se disputaban el poder y proclamaban sus opiniones. Había liberales que defendían una buena Constitución, militares que aspiraban a no perder las riendas del gobierno, demagogos que pretendían imponer el sistema de la América del Norte y predicaban las teorías más irrealizables, y hombres equilibrados que soñaban con un gobierno sólido, que impidiese agitaciones insensatas. Estos hombres mantenían su propósito de que Bolívar continuase en el mando hasta que los pueblos se serenasen y no se devorasen los unos a los otros. Páez se declaraba hombre del pueblo. En cambio, el general Santander elevaba a los hombres conocidos por su antipatía al Libertador. La Convención de Ocaña, instalada el 9 de abril de 1828, puso en manos de Bolívar el mando supremo del Estado. Esto bastó a Santander para divulgar que Bolívar aspiraba a un gobierno monárquico. Fue así como se urdió el asesinato de Bolívar. Sabido es que no se cumplió porque su amante, Manuela Sáenz, lo hizo huir por una ventana (25 de septiembre de 1828).

No había duda de que Bolívar estaba sentenciado por sus enemigos, que eran muchos y contaban con la adhesión de Santander. Los odios entre venezolanos y granadinos no podían ir más lejos. Era una guerra abiertamente declarada que buscaba la desaparición del Libertador. Páez estuvo siempre a su lado. El 30 de noviembre le escribió una carta en la que le decía, al final: "Santander no hubiera recogido el fruto de su obra infame. Yo lo hubiese vengado o él hubiera multiplicado el número de sus víctimas".

Venezuela vivía en medio de peligros y agitaciones continuas. Había grupos realistas que vagaban por los montes. Los españoles podían desembarcar en las costas.

Los políticos se mataban entre sí. Muchos querían dividir la república en departamentos. El desorden era general. No es extraño que volviese a pensarse en la conveniencia de dar paz al país con una monarquía.

El tema de la monarquía en América ha sido estudiado por autores eminentes de Venezuela y de la Argentina. Otros estudiosos también le dedicaron páginas brillantes. Los más reconocieron que la inclinación al monarquismo era sincera y necesaria. San Martín tuvo fuertes ideas monárquicas. También las tuvieron otros grandes políticos argentinos como Juan Martín de Pueyrredón. Carlos Correa Luna, historiador hondamente erudito, supuso que las manifestaciones en favor de una monarquía de políticos argentinos eran fingidas, que todo no pasaba de una simulación monárquica para contar con la adhesión de las cortes europeas. Hemos estudiado extensamente esta cuestión y podemos asegurar que no hubo ningún engaño ni fingimiento. Los hombres que defendían la implantación de la monarquía eran más que sinceros en sus manifestaciones. Estaban hondamente convencidos, porque era un sistema que, desde siglos, imperaba en el mundo y habría contado con el apoyo de Europa y eliminado el peligro de la Santa Alianza. Los planes monárquicos de Belgrano, cuando defendía un reinado de la infanta Carlota Joaquina, habrían evitado la guerra de la independencia y convertido al continente hispano-luso-americano en la nación más extraordinaria de la historia humana. Los otros planes posteriores, de Pueyrredón con el rey de Portugal, salvaron la América española de los ataques de los veinte mil hombres que esperaban en Cádiz el instante de dirigirse al Río de la Plata y terminar con los intentos separatistas. Otros planes tenían fines igualmente salvadores. Páez conocía estos proyectos monárquicos en distintas partes de América y no se sorprendía de ellos. La democracia absoluta no era, como hoy, amada por las cabezas pensantes. Nadie ignoraba los horrores, insuperados en la historia, de la Revolución Francesa. En México y Centroamérica no faltaban planes monárquicos que estuvieron a punto de realizarse. Además, las monarquías que habrían podido establecerse en América no habrían sido absolutas, despóticas, sino constitucionales, con el respaldo de un Congreso que habría hecho las leyes. El rey habría obedecido. Por no aceptar un Con-

greso y una Constitución que los enviados argentinos Rivadavia, Belgrano y Sarratea, ofrecieron a Fernando VII, este rey inepto perdió América.

Bolívar fue acusado de querer convertirse en rey. Los documentos que podrían probar esta acusación no existen. Son voces de sus enemigos. Páez la llama "calumnia infame". Bolívar era partidario de un Gobierno central, fuerte, que impidiese los desórdenes que entonces se producían en América. Por ello su Constitución boliviana, que tan incomprendida fue y es por pueblos e historiadores eminentes. Hay que ponerse en aquellos tiempos y en aquellos meses para darse cuenta de la excelencia de aquella Constitución que, de haberse aplicado serenamente, habría impedido muchos desastres en nuestra América. Fue tildada de monárquica sin corona. Lo era, pero salvaba América. Quienes han combatido a Bolívar con el pretexto de esta Constitución, no nos consta si lo han hecho por partidismo, sabiendo muy bien que mentían, o lo escribieron por ignorancia de la verdadera historia. Es algo comparable a lo que dijeron otras plumas cuando acusaron a Bolívar de entregarse a Gran Bretaña y otras insensateces. Hay que tener en cuenta lo que significaba entonces la Santa Alianza, tan mal estudiada en América y también en Europa, para comprender el peligro en que vivía América. Los políticos americanos respetaban demasiado a aquellas naciones muertas de hambre que pretendían gobernar el mundo sin ser capaces de gobernarse a sí mismas. Creían, ingenuamente, que habrían podido cruzar el mar, traer miles de hombres al Nuevo Mundo e imponer otra vez el dominio de España. Sus palabras y amenazas fueron muchas, y sus realizaciones, ninguna. Los soberanos, con sus amantes, se reunían en diversas ciudades para repartirse minúsculas posesiones y hablar del peligro que significaba América con sus ideas republicanas. Eran ellos los que tenían miedo a América, tanto temor que no movieron un dedo para ayudar a España, que tuvo que luchar por sí sola para defender tierras que había descubierto, conquistado, colonizado y gobernado durante tres siglos. Lo indudable es que si en Europa se temblaba por la marcha republicana de los americanos, en América también se temía a Rusia y otras potencias que, en realidad, sólo habrían hecho reír.

Portugal no había entrado en la Santa Alianza porque sabía que para nada servía y porque tenía el proyecto de otra alianza que hemos estudiado en otras páginas. Por ello las naves que debían transportar los veinte mil hombres de Cádiz no tocaron en los puertos del Brasil. Gran Bretaña tampoco ingresó en esa Alianza de fanáticos, movidos por la charlatana señora de Krudener, porque se consideraba dueña de los mares. No debe sorprender que en Buenos Aires se mantuviesen relaciones excelentes con los ingleses y que Bolívar, que era más diplomático que todos sus colegas de Europa, conservase la amistad de Gran Bretaña y declarase que en ella podía existir una posible ayuda en caso de que la Europa absolutista intentase la locura de lanzarse sobre América. Decir que Bolívar era un hombre entregado a los ingleses es decir que no se sabe lo que se está diciendo.

La monarquía en América no adivinamos si hubiera sido una salvación, como lo fue en el Brasil. El emperador don Pedro impidió que el Brasil se convirtiera en una serie de pequeños reinos o repúblicas que habrían terminado, como en la América hispana, por combatirse las unas a las otras. En la guerra con los farrapos de Río Grande y Santa Catalina —la república de Piratini— tardó diez años para someterlos con grandes concesiones. El peligro del federalismo no era desdeñable. Páez, lo mismo que Bolívar, fue acusado de querer una monarquía. La calumnia no pasó de tal. Hoy se mira esa afirmación con desprecio. Sólo pésimos historiadores pueden repetirla. Páez se defendió intensamente de esa acusación.

Era un republicano, un liberal, un masón, que amaba la libertad, pero una libertad basada en un Congreso y en una Constitución. La idea monárquica fue muy fuerte en Colombia. De buena fe se hablaba de ella en todas partes. Hasta se constituyó una Junta que consideró la posibilidad de ponerse de acuerdo con Francia y Gran Bretaña para fundar una monarquía en Colombia. El proyecto fue combatido por el obispo y dos abogados. Páez puso fuerte empeño en demostrar que ni él ni Bolívar nunca quisieron una monarquía en América. Detestaban la demagogia, pero no admitían una monarquía.

América había cambiado los destinos del mundo en

dos oportunidades. Primero, con su descubrimiento que dio al Hombre el dominio de la Tierra, y luego con su independencia, que significó el comienzo de la muerte del sistema monárquico y el nacimiento del republicano. Las monarquías habían empezado a morir. Toda América, antes monárquica, había dejado de serlo y muy difícil era volver a las viejas dinastías. Los reyes y sus descendientes, cuando no eran unos badulaques, ineptos, locos o borrachines, eran unos inservibles cuyas miradas no pasaban de las paredes de sus castillos. Muy pocos fueron los reyes respetables en Europa. Sus ejemplos no deslumbraban por cierto a quienes los conocían. Por otra parte, los reyes de Europa no veían con buenos ojos los Congresos y las Constituciones. Estaban acostumbrados a gobernar de acuerdo con su voluntad o con la de sus mujeres o favoritos. Por algo preferían las cortes burdelescas de Europa a los ambientes republicanos, severos, rígidos, de los dictadores del Nuevo Mundo. Eran ambientes políticos y sociales muy diferentes, opuestos e inconciliables. Las monarquías en América habrían sido parodias risibles. No olvidemos lo que les pasó a quienes intentaron monarquías en México. Por último, los pueblos eran, en muchos aspectos, fanáticos por un rey, como los negros e indios de una incultura insuperable; pero los blancos, los que sabían leer, no de corrido, esos se sentían demócratas, republicanos, y defendían la libertad del hombre aunque no sabiendo mucho qué significaba Libertad.

Páez es uno de los historiadores que mejor ha estudiado el problema de la monarquía en Colombia y en Venezuela. Ante todo, demuestra que Bolívar jamás quiso ser rey o emperador y cambiar su título de Libertador por el de monarca de un país. Los documentos que exhibe no admiten dudas. Los enemigos de Páez llegaron al extremo de inventarle una carta en la cual habría defendido el sistema monárquico. Páez protestó, indignado, y mostró las pruebas terminantes de su continuo republicanismo. Nada habría impedido que tuviese ideas monárquicas. Si se las reconocemos a San Martín, que era monárquico, pero no intentó jamás establecer una monarquía en América, ni él convertirse en rey, bien podríamos encontrarlas en Páez y en Bolívar; pero la verdad es la verdad, y el historiador no debe hacer otra cosa que exhibir pruebas. No las hay.

Las que existen demuestran solas que ni Bolívar ni Páez jamás intentaron fundar monarquías.

Fue el general Rafael Urdaneta quien más aconsejó al general Páez pensar en una monarquía. Las cartas que ambos se cambiaron revelan las ideas de uno y de otro. Urdaneta opinaba que Colombia no podía consolidarse si no cambiaba su forma de gobierno. Páez no creía en la posibilidad de ese cambio. Una declaración monárquica habría originado una guerra social, civil, de funestas consecuencias. Al final se habría caído en una desenfrenada demagogia. Era un peligro mayor que la monarquía. El pueblo estaba demasiado acostumbrado a oír pestes de la monarquía. Salvo alguna familia monárquica, todas eran republicanas. Páez estaba dispuesto, si se producía un cambio, a someterse a la determinación: pero no a sostenerla. Un gobierno duradero de Bolívar habría solucionado todos los problemas, no habría convulsiones y Colombia alcanzaría estabilidad y solidez. El general Urdaneta reconocía, por ejemplo, el 17 de mayo de 1829, que el mundo americano "está todo loco y es preciso ver cómo cortamos este mal antes de que nos envuelva a todos". Lo que ocurría, según Urdaneta, era que los pueblos estaban "espantados de nuestra libertad y de nuestros desórdenes".

Urdaneta contemplaba el panorama de la política de la independencia. España había mantenido durante tres siglos un orden ultraperfecto en América, un bienestar y una felicidad. Napoleón había embarrado Europa. La renuncia del inepto Carlos IV, manejado por su mujer y Manuel Godoy, había dejado a España y América sin un rey y sin un gobierno. El intruso e ilegítimo rey José Bonaparte no había gustado a los españoles que sabían más del origen del poder político que muchos profesores ilustres de universidades. La revolución del 2 de mayo de 1808 había cambiado los destinos de Europa, de Napoleón y de América. Las Juntas populares, en manos del pueblo, cada vez más ignorante, habían dado a ese pueblo todos los poderes. El poder había vuelto al pueblo y el pueblo se gobernaba. Nadie podía hablarle de renunciar a ese privilegio de disponer del poder y de darlo a un rey más o menos imberbe, muy probablemente estúpido y dirigido por consejeros intrigantes y aprovechados. El pueblo, que indudablemente no era ciego y tenía un poco de memoria, comparaba los

tiempos españoles y los tiempos independientes, y notaba, como es lógico, las diferencias. Por ello, al general Urdaneta, que era buen observador, le escribía a Páez desde Bogotá, el 30 de marzo de 1829: "No negaré a usted que estos pueblos, asombrados de los sucesos pasados, y temerosos de la situación en que vemos hoy toda la América, están dispuestos a cualquier cosa que les prometa más seguridad que la que han tenido hasta ahora, y que por lo mismo era muy fácil conducirlos a un punto que se conviniese". Urdaneta no quería que diesen la ley "cuatro demagogos". El 9 de septiembre de 1829 le escribía a Páez que Colombia necesita "mudar de sistema para salvarse a sí misma, para salvar a toda América de la anarquía que la devore". Urdaneta confió a Páez que el general Flores estaba con él, lo mismo el ejército, Sucre y otros generales. Habría que analizar estas afirmaciones. Lo indudable es que Urdaneta era un fervoroso monárquico que no conseguía convencer a Páez. Sus argumentos en contra de los demagogos eran muy justos, pero su defensa de la monarquía no entusiasmaba a Páez. Con Urdaneta andaba el duque de Montebello, que lo exaltaba con sus conversaciones. Urdaneta suponía que Bolívar estaba en favor de la monarquía y que Páez pronto se convertiría. Por ello insistía ante Páez en que un sistema monárquico "tiene a su favor el interés de la Europa de que se establezca por acá un sistema análogo al de allá, que dé estabilidad a estos países, que ponga término a la revolución, que fije las relaciones y que abra las puertas a la prosperidad general interrumpida hoy por falta de confianza". Y, hacia el final, añadía: "El tiempo ha llegado de reorganizar a Colombia, no debemos ceder a otros el precioso derecho de salvar nuestra propia creación".

Páez contestó a Urdaneta el 14 de octubre de 1829 "que yo no me separaré un ápice de lo que me prescriba el Libertador". Quienes han desparramado la leyenda de que Bolívar y Páez eran enemigos porque Páez estuvo alguna vez en contra del Libertador merecen un piadoso olvido.

El proyecto de monarquía en Colombia y en Venezuela era impulsado, como es natural, por los diplomáticos franceses e ingleses que andaban por esas partes. Así lo relata el general Pedro Briceño Méndez al general José

Francisco Bermúdez en una carta del 18 de octubre de 1829. El proyecto estaba "muy avanzado" y era mucha la gente que lo sostenía. Lucha natural entre los partidarios del antiguo régimen, monárquicos, y los del nuevo, liberales y demagogos. El general Urdaneta era el más entusiasta de los monárquicos y el que más propaganda hacía en su favor. Bolívar era uno de los más alejados. No obstante, sus enemigos lo atacaban como monárquico.

En medio de esta guerra de ideas tan opuestas como una monarquía y una república, se abría paso otro pensamiento político que tenía muy viejas raíces: la separación de Venezuela de la Gran Colombia, o sea, del gobierno de Bogotá. Más que monárquicos, los pueblos de Venezuela aspiraban a ser independientes de Colombia. Era una separación que habían hecho la geografía, la historia y, en especial, las rivalidades de las dos naciones, sus gobiernos y todos sus habitantes. Cada grupo histórico americano tenía sus orígenes, sus intereses, sus ideales. El gobierno de Bogotá parecía injusto a los venezolanos.

Páez hizo saber esta realidad a Bolívar en una extensa carta fechada en Valencia el 30 de noviembre de 1829. Le dijo: "En Puerto Cabello y en esta ciudad han hecho las peticiones al Congreso: lo más sustancial que contiene es la separación de Venezuela del resto de la república. Esta la desean todos, y cuando digo todos es a excepción de muy pocos y puedo asegurarle que la desean con vehemencia, y ésta ha sido la causa porque es que algunos otros pueblos han querido que se proceda de hecho a separarla. Me dicen que en Caracas han tenido dos o tres días de reunión bajo la presidencia del prefecto y que quieren la separación de hecho, y que desde ahora se decreta la organización de Venezuela". Páez vio con realismo este movimiento. Era un sentir general imposible de disipar. Así se lo confió a Bolívar con palabras claras y definitivas: "Con todo, debo decirle francamente mi opinión, no quiero que esté engañado un instante. Yo no creo que Venezuela deje escapar esta ocasión que se le presenta de recobrar su soberanía: los hombres de juicio, lo que se llama pueblo, todos lo desean con ardor, y me parece que después del modo con que lo han expresado será muy difícil persuadirles que den un paso atrás. Quisiera que mi concepto fuese errado, a la vez que usted me dice que si nos dividimos, somos perdidos. Puedo asegu-

rarle que si el pueblo se pierde, se pierde él mismo, porque ese es su sentimiento y ha creído que en esto consiste su bien". El sueño de la independencia de Venezuela, comenzado tiempo antes, avanzaba con un empuje que nada ni nadie podía detener. Bolívar lo consideraba un mal y lo juzgaba su perdición. Páez sabía que no había otro camino.

Era el horror a la monarquía, unido a otras muchas causas, que producía en el pueblo este deseo irrefrenable de independencia de Colombia. En Bogotá se trabajaba intensamente en favor de la monarquía. Nadie lo ignoraba. Por ello, la reacción venezolana. Páez se lo explicó a la perfección en una carta a Facundo Mirabal. En Venezuela se conocía la existencia de un partido que en Bogotá trabajaba por la monarquía: "Venezuela oía con sobresalto los golpes que se daban para forjar las cadenas que se le preparaba y en su desesperación volvía sólo sus miradas a los Libertadores". Páez había tenido sus dudas respecto a los planes que se preparaban en Bogotá, pero estas dudas se habían disipado "al ver los papeles impresos en el mismo Bogotá recomendando la monarquía como el gobierno eminentemente vigoroso que necesitaba Colombia".

Las injusticias del gobierno de Bogotá con los venezolanos habían hecho soñar con una separación de Colombia. En esos momentos, los planes monárquicos que se incubaban en Bogotá aumentaron los deseos de una separación absoluta. Para colmo, una ordenanza dispuso que los ciudadanos se reuniesen para que diesen su opinión sobre la forma de gobierno. "En consecuencia han comenzado los pueblos a pronunciarse y un instinto conservador los ha uniformado en el sentimiento de la separación de Venezuela del resto de la república, porque de otro modo no se cree a cubierto de nuevas convulsiones y de nuevos peligros". Nadie mejor que Páez ha explicado los orígenes y las causas de la independencia de Venezuela.

Páez, por mil razones, no era monárquico. Tampoco era partidario de la demagogia. Era un perfecto republicano, con Congreso y Constitución.

La situación de Colombia era extraña. Estaba en guerra con el Perú. Las dos inmensas regiones: una libertada por San Martín y la otra por Bolívar, hermanas por todos los lazos imaginables, se habían entregado a la guerra. Habla-

remos de ella en otra ocasión. Lo cierto es que Colombia oyó las protestas de nueve departamentos que estaban disconformes con la administración de Bogotá. Lo que ocurría en Venezuela se producía también en Colombia. Intrigantes, embusteros, traidores, atizaron los fuegos. El culpable de todo esto no era Bolívar. El pueblo señalaba al general Santander. Pero los políticos antibolivaristas echaban sobre el Libertador todas las culpas y las infamias más asombrosas. El general José María Córdova se levantó contra Bolívar. Lo llamaba tirano, hombre que había engañado a su patria. Afirmó que la Constitución boliviana era detestada por los pueblos. El la había provocado con la guerra que el Perú había declarado a Colombia. Santander había ido al exilio, a Europa, a vivir en el deslumbrante París y otras ciudades que nunca había visto. Mantuvo una amable correspondencia con Páez. Este general no se explicaba cómo podía escribirle después de haber hablado tan mal de él en cartas a Bolívar. Páez le reconocía méritos como gobernante, pero lo consideraba el gran culpable de la disgregación de la Gran Colombia. En Manavi sus habitantes aspiraban a una monarquía moderada bajo el cetro de Bolívar. En Maracaibo querían a Bolívar como jefe vitalicio con facultad de nombrar su sucesor entre tres candidatos que le presentaría el pueblo. En Perija se propuso que Bolívar fuese jefe vitalicio y que a su muerte le sucediese el vicepresidente hasta que la nación nombrase un sucesor.

En Valencia los votos fueron contrarios a la monarquía y pidieron que Colombia se dividiese entre los tres Estados que la componían. Sabido es que en el convento de San Francisco, de Caracas, que había resuelto separarse de Colombia y no reconocer la autoridad de Bolívar, Páez debía ser el jefe supremo. El pueblo también había exigido un Congreso constituyente. Páez se apresuró a informar de estos hechos al Libertador. El país estaba al borde del caos. Sólo podía salvarlo un Congreso constituyente. Realizado el Congreso, los sacerdotes, los padres de familia y ciudadanos escribieron a Bolívar "sus deseos unánimes de que la antigua Venezuela se separe de la unión con el resto del territorio que ha formado la república de Colombia, recordando su existencia de soberanía y facultad para darse un gobierno republicano, popular, representativo, alternativo, responsable y electivo que consideraban el más adaptable

a sus costumbres, clima y circunstancias". Este ruego fue firmado por más de quinientos hombres.

Páez quiso dejar bien probado que los proyectos de monarquía no salieron de Venezuela ni en ella se tramaron los planes para dividir la república. En una carta del general Carlos Soublette a Bolívar, del 13 de octubre de 1819, le dijo: "Cada día tengo más motivos para conocer que estos departamentos resisten la monarquía, que de la adopción de esta forma de gobierno tendremos la guerra civil, y que la guerra civil nos volverá a la dominación española después de mil horrores y desastres". Venezuela estaba revuelta. Todas estas ideas corrían de un lado a otro. Nadie dudaba de que Venezuela se separaría de Colombia y que Bolívar terminaría por caer junto a sus amigos. "Todos están tan tristes como yo". El general Páez yacía en cama, "pálido, desvelado, y que no puede recuperarse de nada". La mayor parte de la gente no sabía si Bolívar, en verdad, se oponía a la monarquía o pensaba en ella.

Fue el general Juan Bautista Arismendi quien invitó a una reunión en su casa "para tratar un asunto de donde pende nada menos que la felicidad de la república y la nuestra". Cuatrocientos señores concurrieron a la morada de Arismendi. En resumen, se concluyó que se congregara al pueblo al día siguiente. El 25 de noviembre de 1829, antes de las nueve de la mañana, un bando llamó al pueblo a las once, en el convento de San Francisco. Llegaron el arzobispo, el venerable clero, el presidente y los vocales de la Corte de Apelaciones de distrito y los jefes principales de la milicia residentes en la ciudad. Centenares de asientos fueron ocupados. El resto de la concurrencia se mantuvo de pie. Páez nombró cuatro secretarios que tomaran los votos y redactasen lo que allí se acordare. El general Luis de Clemente fue nombrado presidente de la Asamblea.

En el acta se dejó constancia de las contradicciones de Bolívar y de su gobierno que se consideró tiránico. No es el instante de analizar esas acusaciones. El pueblo venezolano quería liberarse de Colombia. No quería seguir oyendo "elogios al absolutismo y maldiciones a la libertad". La *Gaceta Ministerial* de Colombia había sostenido que "los principios eran la gangrena de las sociedades y la ruina de América" y que "el gobierno de uno era el mejor y que

sólo la quietud servil y la obediencia ciega podían hacernos dichosos”.

El gobierno de Colombia andaba de mal en peor. Sigue el Acta: “El mismo general Bolívar ha dicho en una carta que sus amigos imprimieron que el gobierno no tiene unidad, estabilidad, ni continuación, que anda a grandes saltos y deja vacíos inmensos por detrás; él ha dicho que está desesperado y que estamos a punto de perdernos todos: él ha dicho que no puede ya con la carga de la administración, que su deber y su honor le mandan retirarse”. La monarquía estaba a punto de imponerse. Por todo esto, la ciudad de Caracas sancionaba: “Primero. Separación del gobierno de Bogotá y desconocimiento de la autoridad del general Bolívar, aunque conservando siempre paz, amistad y concordia con sus hermanos de los departamentos del Centro y Sud de Colombia...”. “Cuarto: que Su Excelencia, el benemérito general José Antonio Páez sea jefe de estos departamentos y que reuniendo como reúne la confianza de los pueblos, mantenga el orden público y todos los ramos de la administración bajo las formas existentes, mientras se instala la Convención”. Venezuela no desconoció sus compromisos con naciones extranjeras ni con los individuos que le habían hecho suplementos para consolidar su existencia política. Había cuatrocientas ochenta y seis firmas. Cientos de personas esperaban para estampar sus nombres. Era el 26 de noviembre de 1829.

Bolívar escribió a Páez desde Popayán, el 10 de diciembre de 1829. Le dijo que pensaba renunciar a todo mando político, que sólo continuaría como general en jefe del ejército y prestar toda su obediencia al nuevo magistrado. Agregaba que si Páez era elegido presidente de Venezuela serviría “con el mayor gusto a sus órdenes”. Estaba convencido de que “la suerte de Colombia está pendiente de la de Venezuela y la de Venezuela de Colombia”.

El general Páez demuestra en su *Autobiografía* ser un escritor de gran claridad mental. Su estilo es pulcro, llano, siempre correcto. Sabe lo que quiere decir y lo dice con una precisión que lo asimila lo mismo un hombre de pocas luces que un sabio erudito. Además, da pruebas continuas de sus intensas lecturas. Conocía muy bien la historia de Grecia, de Roma, de la Edad Media y de su tiempo, tan compleja como oscura. Nos explica las causas que lle-

varon a Venezuela a separarse de Colombia y lo hace con una introducción que se remonta a los siglos clásicos. Sabía de los celos que dividieron, por ejemplo, a catalanes y aragoneses y no ignoraba los vericuetos de la administración colonial española en las tierras de América. La capitanía general de Venezuela, erigida en 1731, tuvo una jurisdicción independiente del virreinato de Santa Fe de Bogotá y abarcó las provincias de Caracas, Maracaibo, Cumaná, Margarita y Guayana. El reino de Quito tenía su presidente que no dependía en lo judicial de la autoridad del virrey de Santa Fe. En tiempos de Bolívar, los venezolanos, según Páez, sólo por necesidad se habían sometido a la Constitución de Cucuta. La mayoría de sus disposiciones eran inadaptables al territorio de Venezuela y casi ninguna provincia había concurrido a sancionarla. Ningún pacto podía confundir los pueblos que separaba la naturaleza. Páez refutó al eminente historiador Restrepo que le atribuía la disolución del pacto colombiano. La separación de Venezuela, decía Páez, con toda razón, no podía ser la obra de un partido poco numeroso, ni de un solo hombre. Los habitantes de Venezuela estaban convencidos de que, terminada la guerra de la independencia, se separarían de los colombianos como habían vivido siempre. Bolívar apoyaba esta separación porque la consideraba ineludible. La división de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador era, según Páez, "una necesidad física, inevitable, que los pueblos la hicieron; que ningún caudillo podría haberla inspirado y menos conseguido; que a mi me tocó encontrarme con mando en Venezuela cuando aconteció...".

La gloria de Bolívar, cada día más grande en la resurrección histórica, en aquellos momentos empezaba a declinar. Los militares, contando con su indiferencia o aprobación, cometían excesos que indignaban a quienes los sufrían o conocían. Destruían imprentas, sableaban a los operarios, etcétera. Bolívar parecía contradecirse en sus afirmaciones. Oía y seguía muchas opiniones que a menudo no eran las más convenientes. Le ocurría lo que sucede a todos los gobernantes que se eternizan en el poder. A su lado crecían otros personajes que pretendían emularlo o superarlo y se formaban muchos intereses que aprovechaban a unos y desesperaban a otros. Dice Páez: "El prestigio de Bolívar iba menguando a medida que crecía

el abuso que los militares hacían de su nombre". La suposición de que Bolívar proyectaba una monarquía fue lo que faltaba "para dar en tierra con el prestigio del Libertador". Los diarios de Venezuela, de Colombia y otras partes escribieron contra él y los de otros países copiaron y ampliaron estos ataques para rebajarlo en el extranjero. Al mismo tiempo, la figura de Páez se agrandaba en el afecto de los venezolanos. Sabían de sus orígenes, lo consideraban un amigo y compañero de tantos trabajos. Era hombre de campo, de caballos y de lanzas. Lo habían visto combatir como un león y oían sus palabras sencillas, convincentes, como se oye a un padre que dice verdades y aconsejaba muy bien. No es extraño que, al separarse de Colombia, todos los pueblos de Venezuela hayan pensado en él para la primera magistratura.

Las actas de todas las ciudades de Venezuela consignan y confirman lo que estamos diciendo. La consecuencia fue que al mismo tiempo resolvieron que Bolívar saliese del territorio colombiano o no penetrase en Venezuela. Era el mejor medio, nos dice Páez, "de evitar una guerra civil".

El 4 de enero de 1830 se reunió en Bogotá el Congreso que se llamó admirable y se invitó a Bolívar a que lo instalase personalmente. Bolívar llegó el día 20. Presidente del Congreso fue elegido el general Antonio José de Sucre. La crónica de este Congreso es extensa. Bolívar reconoció que la separación de Colombia y de Venezuela era inevitable y debía ser declarada legalmente. Al mismo tiempo renunció. Sucre, en nombre del Congreso, le pidió que continuara en el mando. Por su parte, Páez convocó a un Congreso en Venezuela. En el de Colombia, el "admirable", la mayoría de los representantes se inclinaba por una federación. En Venezuela se temía que el Congreso hubiese encomendado a Bolívar marchar con un ejército sobre Venezuela para reintegrarla a la unión con Colombia. Páez fue el primero en sorprenderse e indignarse cuando supo esta noticia. El general Diego Ibarra escribió a Páez que el Libertador le había dicho que nunca había querido hacer la guerra a Venezuela "porque es su patria", y que a pesar de todos los insultos nunca tomará medidas contra ella; pero que si lo vienen a perseguir y a insultarlo a este lado del Tachira no lo permitirá.

Las pasiones estaban excitadas. La guerra entre Co-

lombia y Venezuela parecía inevitable. En ambos países se tomaban medidas para defenderse y atacarse. En Bogotá hubo una asonada en favor de Bolívar. Una Junta aconsejó al Congreso que no se reeligiese a Bolívar. Por fin, el 29 de abril, Bolívar renunció al poder y se dirigió a Cartagena para embarcar rumbo a Europa. El Congreso le agradeció los servicios insuperables que había hecho a Colombia. Bolívar estaba agotado, enfermo, con fiebre alta, la moral despedazada, lleno de tristeza, nostalgia y ningún sueño en el futuro. Un gran novelista ha descrito, con fuerte colorido e imaginación, estos últimos días del Libertador. Había cumplido una misión, una de las más extraordinarias de la historia de todos los tiempos. Historia ignorada e incomprendida en Europa. Era, con San Martín, el hombre que había empezado a poner fin a las monarquías, que había vencido al imperio español, el más poderoso de la historia humana, y creado un mundo de libertad como no se conoció otro en la Tierra: mundo que cayó en anarquía, luchas civiles, tiranías y revoluciones y que hoy tiene en sus manos los destinos del planeta.

V

Páez expresó en el Congreso de Venezuela que sólo quería el descanso y el reino de la ley. Era el 30 de abril de 1830. El 6 de mayo el Congreso dispuso que Páez siguiera en el mando "hasta que se resuelva otra cosa". Páez renunció. El Congreso rechazó la renuncia. Páez terminó por declarar que con orgullo era "el primero que me someto a la soberanía del pueblo". El 13 de mayo el Congreso decidió que el gobierno de Venezuela no fuese central ni federal, sino centro-federal. El 21 de mayo se resolvió comunicar a Colombia la instalación del Congreso, exigir reconocimiento de la separación y soberanía, entrar en relaciones y transacciones y "la expulsión del general Bolívar del territorio de Colombia". El 27 de mayo de 1830, Páez, con el vicepresidente de la República, juró defender y sostener y hacer obedecer, defender y sostener la Constitución sancionada por el Congreso Constituyente". Terminado el acto, pronunció un discurso.

Es la historia de Venezuela y de toda América, tan

rica en luces e ideales. En Nueva Granada (Colombia) el militarismo se imponía. El general Rafael Urdaneta creía que podía reponer a Bolívar en el mando supremo. Los militares prestaban todo su apoyo al clero, "opulento, ambicioso de mando y de influencia". Siempre había prestado su auxilio a déspotas que querían gobernar con más insolencia que los tiranos más aborrecibles. Palabras de Páez.

La Constitución de Venezuela fue firmada el 22 de septiembre por los miembros del Congreso. El sufragio quedó restringido. Había demasiada ignorancia y Páez lo reconocía. Los esclavos eran emancipados. El arzobispo se negó a jurar la Constitución. Quería "salvas las libertades e inmunidades de la Iglesia". Páez le dio cuarenta y ocho horas para que se fuera del país. Embarcó rumbo a Curazao. Los curas de Venezuela, como otros de América, no daban sepultura eclesiástica a los masones. Dice Páez que "el Gran Oriente nacional y varias logias de la república y muchos ciudadanos han ocurrido al Congreso pidiendo el establecimiento de registros civiles".

Bolívar murió en Santa Marta, en la casa de un español, el 17 de diciembre de 1830. Páez lo recordó con afecto y admiración. Siempre habían sido amigos y Páez constantemente tuvo para él sus más grandes elogios. Es curioso observar que un hombre como Páez, que tan en contacto estuvo, durante años, con Bolívar, que tantas conversaciones tuvo con él y tantas intimidades supo de su gloriosa vida, no llegó nunca a saber qué conversaron Bolívar y San Martín en Guayaquil. Páez sabía menos de esta entrevista que un estudiante de la actualidad. Cuando llegó a Buenos Aires y vivió un tiempo en la Argentina, leyó las obras de Mitre y se enteró de la entrevista de Guayaquil. No pudo agregar una letra a lo dicho por Mitre y repitió sus conclusiones que no son, por cierto, las que hemos alcanzado nosotros y no han sido ni serán replicadas.

Páez refutó muchas veces la calumnia de que había sido enemigo de Bolívar u opuesto a sus ideas. Fue Páez quien pidió al Congreso que se trasladaran a Caracas los restos del Libertador. No dudó de que se le levantaría un monumento y donó la espada que Bolívar le había regalado para que se colocara sobre la tumba del Libertador.

La historia seguía su marcha. Los militares nostál-

gicos de sus luchas y de sus sueños buscaron motivos para sublevarse. El general José Tadeo Monagas intentó una revolución en 1831 para reformar la Constitución. Consideraba que atacaba la religión, desaforaba el clero y destruía la milicia y su fuero. Al mismo tiempo pensaba restablecer la unión con Colombia. Un bandido realista andaba haciendo de las suyas. La inmigración comenzaba a acudir a Venezuela. Santander volvió a Colombia. Se le devolvieron sus grados y se declaró injusta su proscripción. Bolívar volvió a tener honores. El mundo era visto con otros ojos. El 18 de febrero de 1834 se permitieron en Venezuela todos los cultos. La inmigración de pobladores de las islas Canarias fue fomentada. Páez dejó la presidencia de Venezuela el 20 de enero de 1835. Había empezado a gobernar en 1831. El general Monaguas volvió a levantarse. En 1837 se rebeló otro cabecilla: Francisco Farfán. En 1838, Páez fue elegido por segunda vez presidente de la república. Entre doscientos veintidós electores tuvo doscientos doce a su favor. En 1842, los restos de Simón Bolívar llegaron a Caracas y fueron depositados en la mansión donde debían reposar para siempre. En 1842 nuevas elecciones llevaron a la presidencia al general Carlos Soublette. En 1845, España reconoció la independencia de Venezuela. Todo parecía muy lejano. Era la historia que pasaba. Después de Soublette, en 1847, fue elegido presidente el general Monaguas. Su administración fue mala. Vino la inevitable revolución. Páez estaba a su frente. Fue batido y aprisionado. Lo llamaron bandido, usurpador y asesino, cobarde y otros improperios. Estos insultos se los daban hombres a quienes él había perdonado la vida. Volvieron a renacer proyectos monárquicos, más absurdos que los de otros tiempos. Páez logró huir a Curazao. En 1849, trece provincias de las quince que constituían la república se levantaron contra Monaguas. En seguida invitaron a Páez para que desembarcara en Venezuela. Así lo hizo, pero no encontró las ayudas prometidas. No obstante, tuvo algunos triunfos. Nuevas marchas agotadoras y la oposición de fuerzas muy superiores lo obligaron a capitular. La expedición había fracasado. Páez fue encadenado. El presidente Monaguas mostró una falta de comprensión política y una crueldad increíble. En Cumaná lo encerró en una mazmorra. El piso era húmedo y el aire

tan sofocante “que me veía obligado a tenderme en el suelo y aplicar la boca a la rendija de la puerta para poder respirar”. Cuando le daban unos instantes de libertad, para no entumecerse se ponía a bailar al son de la guitarra de un soldado. Toda su vida había amado la música y compuesto hermosas canciones. Hoy los musicólogos las están reviviendo. No podía escribir ni recibir cartas. Guardia permanente y un oficial presente a las horas de comer. Sus protestas le fueron devueltas. Le vino una congestión pulmonar y cerebral. Por fin fue trasladado a otra prisión. Fue atendido por sus hijas y condenado a un destierro perpetuo de la república. Eran los odios de los hombres. Cuando salió de la cárcel, el pueblo lo ovacionó. Todos sabían que él había hecho la patria. Dieciséis jóvenes curmanenses vestidas de blanco lo acompañaron hasta el vapor. Fue el 28 de mayo de 1850. Treinta y ocho años había servido a Venezuela. El 26 de julio llegó a Filadelfia. En Nueva York fue recibido con los más grandes honores. Conoció a los hombres más notables de Estados Unidos. Sintió el soplo de la gloria. América lo reconocía como a uno de sus libertadores, el primer presidente de Venezuela, el hombre que más había luchado, con la lanza en la mano, por la libertad de un mundo. Vivió cargado de honores, pero pobre. Hizo un viaje a Buenos Aires para patentar y usar una máquina que terminó por fracasar. El presidente Sarmiento quedó deslumbrado con su llegada. Decretó, y el Senado aprobó, que fuera nombrado brigadier general del Ejército argentino. Fue una ayuda que alivió su pobreza.

El general Urquiza fue su amigo. Todo Buenos Aires lo quería. Volvió a Nueva York con la esperanza de poder regresar a su patria —sueño que no alcanzó— y empezó a escribir su *Autobiografía*. En ella tiene palabras de elogio para Sarmiento. Reconoció sus esfuerzos para difundir la instrucción y fomentar las industrias. Los historiadores no siempre han aprovechado a fondo el monumento que son sus memorias. Obra, en dos tomos, que encierra un mundo de revelaciones y comprende, como muy pocas, el espíritu que llevó a la independencia de América, primero, y la separación de Venezuela, después. Luminosa, precisa, objetiva, justa, sin rencores ni adulaciones. Es la historia pura que habla metódica y elevadamente. Modelo de ex-

posición humana y llena de sabiduría. Nos hace comprender problemas que parecían oscuros y, con sus palabras, se nos aparecen claros como el sol. No lo dice, pero descubrimos que a él se debe la increíble transformación de los sanguinarios hombres del asturiano Boves, que eran el horror de ciudades y campos, en los entusiastas llaneros que de asesinos se convirtieron en los más invencibles defensores de la libertad. Las memorias de Páez son un monumento más imperecedero que los de piedra. Fueron reeditadas en Venezuela en 1973 y en 1987. El prólogo lo ha escrito el ilustre Cristóbal L. Mendoza. En Caracas se ha constituido una Comisión de Homenaje a Páez que preside el eminente ex presidente de la república, doctor don Luis Herrera Campins. Esta Comisión creó otra en Buenos Aires y encomendó la presidencia al autor de estas líneas. Hemos hecho, para honrar su memoria, todo lo que hemos podido y nos han acompañado eminentes colegas. Podemos decir, como en tiempos de Sarmiento, que Páez es un hombre de nuestra historia. Este guerrero insuperable, héroe de tantas batallas, político insigne y escritor brillante, murió en Nueva York en 1873.